

Dionisio Solís
=

Misantropia

7

Correpentimiento

Digitized by the Internet Archive
in 2015

1872

10

Received of the
Hon. Secy of the
Interior
for the
land
of the
State of
California
the sum of
\$1000000
in full
of the
purchase
money
of the
land
of the
State of
California
under
the
act
of the
Congress
of the
United
States
of the
19th
of
March
1850
and
the
act
of the
Congress
of the
United
States
of the
19th
of
March
1850
and
the
act
of the
Congress
of the
United
States
of the
19th
of
March
1850

Witness my hand
at Washington
this 10th day
of March
1872

MISANTROPIA
Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO

A NUESTRO TEATRO.

*¡Quan cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!* ACTO II.



EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1828.

Tenorio.

ALBERT W. BROWN

ATTORNEY AT LAW

100 N. 3rd St. St. Paul, Minn.

Phone 1234

1912



ALBERT W. BROWN

ATTORNEY AT LAW

100 N. 3rd St. St. Paul, Minn.

Phone 1234

1912

AL SEÑOR ANTONIO PINTO.

El presente drama fué traducido por mandato de Vmd., y nadie merece, como tan buen amigo, parecer al principio de mi version.

Si alguno evita la lectura de estos pocos renglones , temiendo que aparezca en ellos la ordinaria venalidad de las dedicatorias , defienda Vmd. la sinceridad de mi carácter , y diga en fin que no era indigno de tener un amigo

Dionisio Solis.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

El efecto que hizo en mí la lectura de *Misanropía*, y el que yo esperaba que hiciera en el teatro, me determinaron á traducirla; á pesar de que las circunstancias en que meditaba su version no anunciaban, al parecer, el lisonjero efecto que despues tuvo. Los delirios mas caracterizados que han infamado nuestra escena, y corrompido el gusto de la multitud, gozaban entonces de la recompensa, que solo merecian el talento y la sensibilidad; y los aplausos que prodigaba una parte del pueblo manifestaban su ignorancia, al mismo tiempo que confirmaban en la suya al necio autor que los obtenia. Sin embargo, aquel público que envilecia lo propio que incensaba, tenia un corazon como los demas hombres, cuya ternura seria la mejor apología de sus costumbres: y el suceso del drama presente no ha desmentido mi opinion.

La muchedumbre ocupada en el cum-

plimiento de sus primeras obligaciones, ni puede, ni debe hacer un estudio particular de las bellezas teatrales, sin que las familias maldigan tan inutil como perjudicial ocupacion. En este supuesto exîgir del público la teoría del teatro, es exîgir un absurdo demasiado aparente. Mas no lo seria pedir á los poetas que se constituyen sus maestros, que le diesen modelos menos opuestos á la perfeccion ideal para que tuviese un punto de comparacion á que referir todos los otros, y juzgar por él menos injustamente.

Sin embargo la naturaleza no renuncia jamas al imperio que tiene sobre sus producciones; y por mas que la sociedad modifique al hombre, por mas que le corrompa, no podrá salir del círculo de su dominacion: sus leyes son anteriores á qualesquiera convenciones, son anteriores á la sociedad misma, y la compasion se ha manifestado en nosotros con la sensibilidad al placer, y la pena, con los signos que acompañan la complacencia y el dolor. De aquí nace, que la verdad teatral hará siempre una impresion permanente y profunda en nuestros órganos, y de aquí tambien las lágrimas que ha der-

ramado el pueblo en la representacion de Misanthropía, &c. Estas lágrimas, que no deben lisonjear menos al que las vierte que al autor que las ocasiona, han demostrado quan a proposito es esta especie de comedia triste, no solo para interesar la mayor, y acaso la mejor parte de los hombres; sino tambien para estrechar los lazos de la sociedad.

Uno de los efectos de la desgracia es el de reunirnos: y en la presencia del infeliz desaparecen las clases que pesan sobre los inferiores, y que nos separan en la vida civil. ¿Y por que no? ¿Quien es aquel que no ha llorado alguna vez sobre la desventura de un padre, de un hermano, de un amigo suyo? ¿Quien es aquella muger virtuosa cuya debilidad no podria llorar en ningun tiempo la ofensa hecha á un marido inocente y amable?

¿Y quanto mayor será la actividad de esta sensacion, si el espectáculo nos ofrece la imágen de la miseria que nos rodea, sin adiciones de circunstancias que destruyan en parte la identidad?

La conmisericion que nos substituye á los desventurados, la impresion que ocasionan sus desventuras, es menos in-

tensa quando la producen aquellos hombres constituidos en gerarquías sumamente lejanas á nosotros , que quando vemos padecer á los que la fortuna nos igualó en condicion y estado. Quizá esta diferencia proviene de que las desgracias de los primeros son mas relativas á su clase, que á la debilidad de la especie humana : ó quizá porque faltando puntos de contacto (si puedo hablar así) para la reunion del espectador , y el infelice que debe interesarle , no se reconoce en su desdicha.

Sea lo que sea , ello es cierto que la *compasion* no es otra cosa que la sensacion dolorosa que produce en nosotros la vista de un objeto que sufre , y me hace partícipe de su dolor ; que esta sensacion nace de la idea que hay en mí del mal que veo padecer , y que quizá he sufrido , que esta idea la debilitan los accidentes que me alejan de la comparacion ; y en fin que la energía de la accion será siempre en razon de la semejanza mas ó menos equívoca entre nosotros , y los personajes de un drama.

El teatro no puede mudar las opiniones de la multitud ; su influencia sobre las costumbres es harto dudosa , y se-

gun yo juzgo, su efecto no puede ser otro que el de sancionar con su aprobacion pública las ideas morales de la sociedad: la educacion las graba en nosotros lenta y profundamente, y las máximas pasajeras del teatro no les podrian dar otro carácter. Pero aun en la suposicion contraria, los personajes que representa el mayor número de tragedias difieren mucho en sus ideas, en sus acciones, y en sus consecuencias, para que nosotros pudieramos hacer aplicaciones directamente relativas á nuestra conducta.

No así en los dramas análogos á la desventura en que nacemos: yo me veo en ellos, yo hablo por boca de los que me parecen: sus desgracias son las mismas á que la humanidad me sujeta; su condicion... todo me identifica con ellos; y en fin lloro sobre mí propio, sobre mis padres, mis amigos, mis hijos, quando imagino que la infelicidad agena me entornece. ¡Que otra cosa hace mas fuerte impresion que las acciones generosas de que somos testigos! ¿Quien es el miserable que puede escuchar friamente los sollozos de un hombre de bien? Ni que composicion puede ser mas preciosa que

aquella que imperceptiblemente me substituye á los desventurados virtuosos, que me advierte que tengo entrañas, y que la humanidad me interesa (a). El llanto es un signo de la sociabilidad de mi carácter, y el corazon nada en placer quando mis ojos le derraman. Una de las mugeres que asistió á la representacion de *Carlos y Eulalia*, al decir esta ¡y mis hijos! exclamó llorando: "¡ay, yo tambien soy madre, y ha nueve meses que no los veo!" ... Hombre sensible, célebre Kotz-bue, ve aquí la recompensa de tu mérito, las lágrimas de una madre sencilla y buena.

Por último el pueblo ha decidido con su llanto en favor de la opinion mia, y lo que sentimos no necesita de justificacion, ni de pruebas.

He reducido á tres los cinco actos del original, por evitar la multitud de intervalos que retardan la accion aparente, y no dan idea de la que debe caminar ocultamente hasta el instante en que principia cada acto. La escena en que Peters sigue á la mariposa es demasiado ridicula, é inutil para que yo la hubiera con-

(a) *Homo sum, humani nihil à me alienum puto.*

servado : *semper ad eventum festinat.*

Pero por mas que la verdad haya conducido el pincel de su célebre autor, y por mas que yo haya procurado conservar preciosamente sus bellezas , sin la expresion de los actores no hubiera tenido mejor suerte que las composiciones que carecen de mérito. La accion , el tono , el gesto : ve aquí lo que propiamente pertenece al actor , y lo que nos arrebatata en el espectáculo de las grandes pasiones : solo un buen actor puede dar energía al discurso , y solo él puede comunicar al alma de los que le escuchan las situaciones alternativas de la suya por medio de las inflexiones del acento. El pueblo y yo estamos persuadidos á estas verdades , y la execucion de nuestros actores ha demostrado que la sensibilidad no depende de los preceptos.

Yo no puedo menos de dar un testimonio público de mi satisfaccion en el desempeño del drama. Todos han contribuido , en quanto les ha sido posible , al buen éxito suyo ; pero algunos han superado mis esperanzas : y uno de ellos ha sido mi amigo el Señor Pinto. El carácter que representa es tan difícil , hay tan

pocos exemplos que poder observar para la imitacion, que solamente analizando los diversos afectos que le constituyen, se puede executar dignamente: y esto pertenece al talento y la meditacion. ¿ Pero donde halló la sublime Rita el acento que corresponde á cada pasion? Acento fugitivo y dificil, que toda la sagacidad de un filósofo quizá no explicára, ni hallarán jamas los hombres que no saben llorar. ¡ Que multitud de sentimientos demostraban su voz y sus ojos! quan persuasivo era su llanto! quan naturales sus actitudes! Mis obligaciones no me han dexado verla mas de una vez: ¿ pero que sentí yo quando empezó la declaracion de su culpa? Fuera de mí, ya no era Dionisio, era Eulalia, la culpada Eulalia: con ella pues me anonadaba, con ella maldecia al autor de su culpa, con ella invocaba á mis hijos, con ella suplicaba; y siguiendola rápidamente transformado en su desventura, con ella imploraba el perdón de su debilidad. ¿ Y quien seria el hombre estúpido y cruel que no la perdonase llorando á sus pies? No: los preceptos son insuficientes para imitar la sensibilidad de que nuestro corazon está le-

jos : es otra cosa mas íntima , y mucho mas cierta la que arranca las lágrimas en el teatro al ver afligida á esta muger : sus propias lágrimas son las que producen este efecro.

¡ Ay amigo mio ! si allá en las Islas del mar del Sur fundase algun sabio un pequeño pueblo feliz y virtuoso ; despues de celebrar en el templo las festividades religiosas , los cómicos rivales de la Rita Luna serian nuestros predicadores subalternos , y la naturaleza recobraría su ascendiente por el órgano de los actores y poetas.

PERSONAGES. A C T O R E S.

CARLOS, *Baron de Menó.* Sr. Antonio Pinto.

EL MAYOR HORST. Sr. Manuel García Parra.

EL CONDE DE WALBERG. Sr. Antonio Ponce.

BITERMAN. Sr. Mariano Querol.

TOBIAS. Sr. Francisco Vaca.

FRANTZ. Sr. Felix Cubas.

PETERS. Sr. Manuel Leon.

LA CONDESA DE WALBERG. } Sr. Coleta Paz.

EULALIA, *baxo el nombre de MILER.* } Sr. Rita Luna.EUGENIO, *niño de quatro á cinco años.*

UNA CAMARERA.

DOS NIÑOS, *Hijos del Baron.*

ALGUNOS LACAYOS.

UN POSTILLON.

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.





Et. Prod. del.

V. D. Mod. grabo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bello paisage: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo léjos, en el fondo, á su izquierda, una pequenuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extrangero: á la derecha, hácia el tercero bastidor hay un pequeño pabellon practicable, del qual se ve solamente una parte.

PETERS, que viene del castillo.

PETERS.

Amigo Peters, Señora Miler lo manda, y es fuerza llevar este dinerillo al viejo Tobías. Ella me ha encargado que lo calle; pero en buenas manos queda: no, no lo sabrá ninguno. A la verdad, que es muy bella muger la Señora Miler! bella muger! pero necia, muy necia: porque ve aquí lo que mi padre me enseña: „ el que gasta su dinero

„ es un hombre sin prudencia;
 „ pero el que lo da , merece
 „ que le rompan la cabeza.“

El BARON sale cruzados los brazos y la cabeza baxa ; ve á PETERS , y le mira con desconfianza : PETERS se queda por un momento mirando al BARON con la boca abierta , se quita despues el sombrero , y con una cortesia extravagante se dirige hácia la cabaña.

BARON.

¿ Quien era , Frantz ?

FRANTZ.

Es el hijo
 del que administra las rentas
 del castillo.

BARON.

Por la noche
 me hablaste ayer en la cena...

FRANTZ.

De aquel labrador anciano.

BARON.

Es verdad.

FRANTZ.

Mas sin respuesta
 me quedé.

BARON.

Pues vuelve ahora
 á decirlo , si te acuerdas.

FRANTZ.

Pues , Señor , es pobre.

(17)

BARON.

¿Y tú
de qué sabes su pobreza?

FRANTZ.

El lo dice.

BARON.

Y él lo dice!

Con amargura.

no ignora el hombre la senda
del engaño.

FRANTZ.

Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

BARON.

¿Y por qué no?

FRANTZ.

Si quisiera
explicarlo no podría;
pero mi alma se interesa
en su favor.

BARON.

Frantz, ¿qué débil
eres!

FRANTZ.

Es verdad; mas crea
Vmd., que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.

BARON.

Necio!

B

FRANTZ.

La beneficencia
produce la gratitud.

BARON.

Ah! no es verdad.

Con dolor.

FRANTZ.

Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra
que el mismo que los recibe.

BARON.

Eso es verdad.

FRANTZ.

Qué franqueza!
Y Vmd. es un bienhechor.

BARON.

Quien, yo?

FRANTZ.

Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.

BARON.

Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necedades nuestras.

FRANTZ.

Oh! no tanto como eso.

BARON.

Y los hombres, en mi idea,
son indignos del favor.

FRANTZ.

Muchos, es verdad.

BARON.

Pues piensa
que son hipócritas todos.

FRANTZ.

Mentirosos.

BARON.

Aparentan
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.
Ve aquí el hombre.

Con amargura.

FRANTZ.

Sin embargo,
hay algunos....

BARON.

Donde?

FRANTZ.

En esa

cabaña.

BARON.

Quien, el anciano?

¿Y ha llorado sus miserias
delante de tí?

FRANTZ.

Mil veces.

BARON.

¿Y quieres tú que le crea?
el verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.

Despues de un rato de silencio.

Pero enfin, cuéntame toda
su desgracia.

FRANTZ.

Es tan inmensa,
que ha perdido á su buen hijo.

BARON.

Como?

FRANTZ.

Baxo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.

El BARON le mira, y despues continúa

FRANTZ.

El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo...

BARON.

No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.

FRANTZ.

Ah, Señor!
en favor de su indigencia
Vmd. puede mucho.

BARON.

Y como?

FRANTZ.

Quizá con poco pudiera

rescatar á su buen hijo.

BARON.

Será fuerza que yo vea
al anciano.

FRANTZ.

Bien, Señor.

BARON.

Pero, como acaso mienta....

FRANTZ.

No miente, no.

BARON.

Que no miente!

el hombre! el hombre!... ¿es en esta
cabaña?

FRANTZ.

En esa cabaña.

El BARON entra en ella.

¡Qué alma tan noble y tan bella!

pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas

le conozco, y ha tres años

que le sirvo. La primera

vez que ve un hombre le habla

con seriedad y dureza;

mas sin embargo, á ninguno

ha negado en su miseria

la proteccion y el consuelo.

El es misantropo, es fuerza;

no hay remedio: sin embargo,

su misantropía empieza

en sus mismas desventuras,

porque el odio que profesa

al hombre no está en su alma,
que solo está en su cabeza.

Sale el BARON de la cabaña, y PETERS detras.

BARON.

Y bien, qué me quieres?

PETERS.

Nada,

pero yo soy el que era...

BARON.

Qué necio!

FRANTZ.

Pues como es eso?

tan pronto, Señor, de vuelta?

BARON.

¿Y qué habia yo de hacer
allí?

FRANTZ.

Pero enfin ¿es cierta
su desgracia? lo habeis visto?

BARON.

He visto á su cabecera
ese bribonzuelo.

FRANTZ.

¿Y qué

tiene que ver (quando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alverga
en Vmd.?

BARON.

Tiene que ver:
que estaba de inteligencia

con el viejo... hombres perversos!
¡Como hubieran, como hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia,
si me hubiesen engañado!

FRANTZ.

¿Pues Vmd. cree que fueran...

BARON.

¿Qué hacian juntos?

FRANTZ.

Bien facil

Sonriendose de su desconfianza.

es de saber. Hombre, llega,

á PETERS.

ven acá: di, ¿á qué has venido
á esta cabaña?

PETERS.

Qual, esta?

FRANTZ.

Sí.

PETERS.

Yo, á nada.

FRANTZ.

No, no, amigo,
por algo has venido á ella.

PETERS.

Toma! y por qué? vaya, vaya!
Mire Vmd., quando me muestra
Madama Miler la cara
risueña, por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza.

FRANTZ.

Luego ella te manda?

PETERS.

Sí,

por mas que Vmd. lo pretenda
saber , no lo ha de saber.

FRANTZ.

Y por qué?

PETERS.

Por qué? porque ella
me dixo : ve , Peters mio ,

Imitando la voz de MILER.

ve por Dios , y que no sepa
nada ninguno ; ve presto ,
Peters bonito , que es fuerza
socorrer al viejo... vamos,
estas palabras me llegan
al corazon , y no puedo
negarme por mas que quiera.

FRANTZ.

Ya , pero si ella lo manda
es fuerza tener cautela.

PETERS.

Sí , que no la tengo yo.
Mire Vmd. , mas de quinientas
vecés le dixé á Tobías,
que no pensará que era
Miler la que le mandaba
el dinero ; y aunque fuera
el Rey no se lo diria.

FRANTZ.

Oh! tú eres mozo de prendas.

Y era mucho?

PETERS.

Yo no sé;

pero habrá semana y media
que le traxe otro dinero,
y despues otro... á la cuenta
de lo que se ahorraba : y juzgo,
que era en un dia de fiesta,
porque yo tenia puesto
mi vestido nuevo.

FRANTZ.

¿Y esa

Madama Miler , es quien
le socorre en sus urgencias?

PETERS.

Toma , pues quien? no , mi padre
no es tan tonto como ella :
y dice , que es necesario
guardar siempre nuestra hacienda ;
pero con mayor razon
en estío y primavera
no se debe dar limosna ,
que entonces la providencia
produce plantas y frutos
para los hombres.

FRANTZ.

Muy bella

máxima! qué amable padre!
no es verdad?

PETERS.

Pues quien lo niega?
Pero Miler no hace caso

por mas que la reconvengan.

Y aun hace mas.

FRANTZ.

Qué mas hace?

PETERS.

Mire Vmd. , quando Isabela
tenia los hijos malos,
quiso enviarme á su aldea
con dinero ; mas mi padre
no me dexó que yo fuera,
porque llovia.

FRANTZ.

Y qué hizo?

PETERS.

Toma , lo llevó ella mesma,
y se me puso á curar
los niños como si fueran
suyos.

FRANTZ.

Muger singular!

PETERS.

A veces da grima el verla
llorar , sin saber por qué ;
y si yo , Señor , pudiera
verla llorar sin llorar ,
vaya muy enhorabuena :
pero el caso es , que si llora ,
que quieras , ó que no quieras ,
yo me quedo sin comer ,
y echo á llorar.

(27)

FRANTZ.

Y bien , queda
Al Barón.

Vmd. , Señor , satisfecho?

BARON.

Haz que ese hablador se vuelva
al castillo.

FRANTZ.

A Dios , amigo

Peters.

PETERS.

Con que Vmd. me dexa?

FRANTZ.

No , pero Madama Miler...

PETERS.

Ay! es verdad que me espera.

A Dios.

Saluda al BARON , que no le corresponde.

Oye Vmd. , Señor ,

aquel está que rebienta
de rabia , porque no pudo
sacarme ni esto siquiera.

FRANTZ.

Es verdad.

PETERS.

Ah! no , conmigo
no hay que venirse con fiestas,
que para guardar secretos
yo.

Vase.

FRANTZ.

Bien , á Dios. ¡Qué simpleza!
vaya , Señor.

BARON.

Qué?

FRANTZ.

Que ahora

la desconfianza era
injusta.

BARON.

Oh!

FRANTZ.

¿Pero qué duda
le queda á Vmd.?

BARON.

Si me queda
ó no, calla: enfin no quiero
escuchar mas.

Se levanta y sigue hablando con acritud.

¿Quien es esta

Madama Miler? ¿por qué
su nombre siempre resuena
en mi oido? y por qué causa,
sin haber podido verla,
á qualquier parte que voy
ha estado primero ella?

FRANTZ.

Vmd. debia alegrarse.

BARON.

Por qué?

FRANTZ.

Porque es una prueba
de que aun hay entre los hombres
algunas almas modestas
y bienhechoras.

BARON.

Sí, sí.

FRANTZ.

Procure Vmd. conocerla.

BARON.

Conocerla!

Con ironía.

FRANTZ.

Yo, Señor,

la conozco, y es muy bella.

BARON.

Mucho peor: la hermosura
encubre con apariencia
falaz un alma viciosa.

FRANTZ.

Pues la suya es en mi idea
el velo de la virtud:
es tal su beneficencia...

BARON.

Ah, qué incauto! mira, Frantz,
qualquiera muger desea
deslumbrarnos, afectando
alguna virtud, y esta
será quizá mas astuta
en su ficcion.

FRANTZ.

Pero sea

como sea, poco imperta,
con tal de que favorezca
al anciano, y haga bien.

BARON.

Mejor, así en su pobreza
no necesita de mí.

FRANTZ.

No obstante , Señor , en ella
 la buena Miler habrá
 socorrido las urgencias
 limitadas y actuales;
 pero , por mas que lo sienta ,
 no le habrá podido dar
 para consolar sus penas
 rescatando á su buen hijo.

BARON.

Reparo , que te interesas
Con una ironía amarga.

con mucho ardor por Tobías.
 ¿Estarás de inteligencia
 tú con él para engañarme?

FRANTZ.

¿Y es posible , que Vmd. crea...
Con las lágrimas en los ojos.
 ah ! no ha nacido del alma
 de Vmd. tan baxa sospecha.

BARON.

Es verdad ; perdoname ,
Con bondad le alarga la mano.
 amigo mio.

FRANTZ.

Sí , venga
 la mano y la besaré *Lo hace.*
 mil y mil veces. Es fuerza
 que os hayan quizá burlado
 algunas almas perversas
 cruelmente , para haber
 concebido contra ellas

ese odio universal,
 aquesa injuriosa idea
 de la virtud y justicia.

BARON.

Tú lo has dicho. ¡Cuánta pena
 me has dado, Frantz! dexame.

Se vuelve á sentar, y lee.

FRANTZ.

Vele allí con su tristeza
 sumergido en la lectura:
 así pasa la carrera
 de su vida: á los placeres
 muerto, á la naturaleza
 muerto tambien, y sumido
 en su dolor. ¡Quien pudiera
 restituirle al placer!
 Hace tres años que aleja
 la sonrisa de su boca,
 y otros tantos que la idea
 de un suicidio fatal
 me hace estremecer. Si fuera
 posible al menos, que amase
 la sociedad... Si quisiera
 cultivar algunas flores...
 Pero nada; en su tristeza
 sumergido; calla y lee,
 ó si alguna vez despliega
 sus labios es detestando
 de su mísera existencia,
 y maldiciendo á los hombres
 artifices de su pena.

Lee el BARON.

„ En la soledad adquieren mayor energía
 „ nuestras ideas; pero tambien se renuevan
 „ las antiguas heridas, y quanto en otro tiem-
 „ po agitó con violencia las fibras de nuestro
 „ cerebro, es un fantasma que nos persigue
 „ y nos atormenta de continuo.“

FRANTZ.

Tiene razon ese libro;
 pero tambien se me acuerda
 haber oido decir,

Va saliendo. TOBIAS.

que por lo mismo era fuerza
 huir de la soledad,
 y abandonarse á la inmensa
 multitud de los negocios.

TOBIAS.

¡Oh quan grata es la influencia
 del sol sobre el infelice!
 Pero mi alma se enagena
 de placer, y de su Dios
 benéfico no se acuerda.

Se descubre, y levanta las manos al cielo.

FRANTZ.

Ve aquí un anciano, que goza
 El BARON cierra el libro, y mira con aten-
 cion al viejo.

de poco bien en su extrema,
 necesidad, y da gracias
 á la augusta Providencia
 del poco bien de que goza.

BARON.

Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los dexa.

FRANTZ.

A Dios, buen hombre: parece
que veo mas fortaleza
en Vmd.

TOBIAS.

Dios, y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.

FRANTZ.

Sin embargo Vmd. demuestra
bastante edad.

TOBIAS.

Sí, Señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.

FRANTZ.

Pues yo, amigo, me quejára
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.

TOBIAS.

¿Vmd. piensa,
que soy yo tan infeliz?

¿No gozo aun de la bella
 luz del sol amaneciendo?
 ¿No he recobrado mis fuerzas
 con la salud? ay amigo!
 aquel que por vez primera,
 despues de un penoso mal,
 respira el aura serena
 de una plácida mañana,
 es el mas feliz que llegan
 á ver los rayos del sol.

FRANTZ.

Pero ese bien degenera
 bien pronto con la costumbre.

TOBIAS.

No en la vejez : muchas penas
 me han afligido y me afligen;
 y sin embargo sintiera
 la muerte. Quando mi padre
 me dexó en su pobre herencia
 esa cabaña , gozaba
 yo de mi salud y fuerzas.
 Tomé una muger honrada ,
 tan amante como buena ,
 y Dios bendixo mi union
 con tres hijos : pero esta
 dicha duró pocos años.
 Dos dellos vieron apenas
 el sol de la juventud ,
 y la muerte con fiereza
 los arrebató. Yo , amigo ,
 sufrí el golpe con paciencia ;
 pero mi pobre muger ,

ó mas débil, ó mas tierna,
 murió de dolor: quizá
 yo en mi soledad hubiera
 seguidolos á la muerte,
 si la divina clemencia
 no me hubiera consolado.
 Enfin quando mi flaqueza
 adoraba sus decretos,
 y resignado en su eterna
 misericordia vivia
 con un hijo, última prenda
 de mi amor, algo felice;
 su generosa imprudencia
 le conduxo á sentar plaza
 por socorrer la miseria
 de su anciano padre... Amigo,
 este golpe me condena
 á la pérdida cruel
 del apoyo de mis fuerzas
 inútiles; y os protesto,
 que sin la beneficencia
 de una muger virtuosa,
 de hambre y de pesar muriera.

FRANTZ.

¿Y sin embargo Vmd. ama
 la vida? Vmd. la desea?

TOBIAS.

¿Y por qué no, mientras haya
 un objeto que interesa
 mi corazon en un hijo?

FRANTZ.

Puede que Vmd. no le vuelva

á ver jamas.

TOBIAS.

Sin embargo

yo le conservo en la idea ;
y aun quando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaria la muerte
sin yo deseirla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací ; aquella vieja
encina creció conmigo,
y.. (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.

FRANTZ.

Un perro !

Riendo.

TOBIAS.

Un perro ; sí, amigo,

riase Vmd. quanto quiera ;
pero sepa Vmd. que Miler,
la generosa , la buena
Miler, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela,
y como el perro ladraba
viendola entrar, dixo ella :
¿por qué no da Vmd., Tobias,
este animal, pues apenas
tiene Vmd. pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
la respondí, ¿quien me amára
en mi soledad?

FRANTZ.

No sea

Al BARON, que piensa profundamente.
causa de que Vmd. se enoje
la interrupcion; mas quisiera
que Vmd. oyese . . .

BARON.

Sí, Frantz,

todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dexarás abiertas
las ventanas hácia el rio.

FRANTZ.

Voy, Señor.

Vase.

BARON.

No te detengas.

Con prontitud.

Dime, anciano, ¿que te ha dado
Miler?

TOBIAS.

Aquel alma bella,
aquel alma angelical
me ha dado quanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.

BARON.

¡No mientas!

Y nada mas?

TOBIAS.

Y que mas?

Ella, Señor, bien quisiera

librar á mi buen Ernesto;
pero por mas que lo sienta,
carece de facultades.

BARON.

Salva un hijo. A Dios.

*Vase con precipitacion, despues de darle una
bolsa de dinero.*

TOBIAS.

¡Que nueva
felicidad es la mia!

Abre la bolsa.

Valgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlo:

A FRANTZ que sale.

la confianza en la eterna
misericordia, jamas
nos engaña . . oh providencia!

FRANTZ.

¿Y quien es el generoso?

TOBIAS.

Su amo de Vmd. . . ¡ah, que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!

FRANTZ.

Hombre singular!

TOBIAS.

Ni quiso
el buen Señor que le diera
las gracias, y ya iba léjos
antes que mi torpe lengua
se moviese.

FRANTZ.

Ve ahí mi amo.

TOBIAS.

A Dios, amigo. Ello es fuerza
 correr quanto me permitan
 los años á dar la nueva
 de su rescate á mi hijo.

¡Quanta será su impaciencia,
 su placer, quando se abraçe
 con quanto amaba en la tierra:
 con su amante y con su padre!

O tú, augusta omnipotencia,
 colma de favor al hombre
 generoso ; que tu diestra
 cubra su frente de gracias:
 extiendase tu clemencia
 en la felicidad suya.

¿Qué quien hay que la merezca
 mejor que el hombre piadoso,
 que tu imagen representa?

Vase por la derecha.

FRANTZ.

Ah ! ¿por qué no soy yo rico?

¿por qué yacen las riquezas
 en manos de los crueles?

ah ! si yo las poseyera,
 socorrer el infortunio
 serian mis complacencias.

Vase por la arboleda.

La escena representa un salon del castillo. Sale EULALIA con una carta abierta.

EULALIA.

¡ Ah! ve aquí lo que me aflige.
 Yo estaba ya mas contenta
 en mi retiro, á pesar
 de que no siempre se alberga
 el gozo en el corazón
 del solitario. ¡ Oh, yo necia
 y desgraciada muger!
 en el claustro y en las selvas
 te seguiré tu dolor,
 clavado como una flecha,
 Eulalia, en el corazón.
 Pero al fin, quando la pena
 le oprimia con su peso,
 yo lloraba sin dar cuenta
 á nadie del llanto mio;
 y errando triste é inquieta
 por los campos del castillo
 ninguno formó la idea
 de que mi alma obedecia
 á la irresistible fuerza
 de una conciencia culpable
 que por siempre me condena
 á llorar lejos del hombre
 mi criminal imprudencia.
 ¡ Miserable yo! si ellos vienen,
 á Dios, ó dulce y amena
 soledad, á Dios lectura,
 que tal vez has dado treguas
 á mi dolor con tus gracias.

¿Y si acaso la Condesa
ó el Conde traen algunos
de los sugetos que puedan
conocerme? ay! que infeliz
es aquel de quien recela
el corazon criminal
la inoportuna presencia
de uno, de un solo testigo
de su delito y su pena.

Sale PETERS,

Aquí estoy yo.

EULALIA.

Muy bien, Peters,

y Tobías?

PETERS.

Allí queda

tan contento el pobre viejo.

EULALIA.

Le dixiste de quien era
el dinero?

PETERS.

Dios me libre.

Le dixeste, que no creyera
que era usted la que le daba
aquellas quantas monedas,
que no era usted.

EULALIA.

Muy bien dicho.

Sonriéndose.

PETERS.

Pero sin embargo piensa
en venir á dar las gracias

que quieras ó que no quieras.

EULALIA.

Mira , Peters , no permitas ,
que Tobías quando venga
entre á verme ; dile tú
que duermo , que estoy enferma ,
o que no tengo lugar .
Enfin , dile quanto quieras ,
y no le dexes entrar .

PETERS.

Bien , y si acaso se empeña ,
le agarraré por un brazo . . .

EULALIA.

No , Peters , no hagas violencia
al enfermo viejecito .

PETERS.

Me voy , que mi padre llega .

Vase.

Sale BITERMAN.

Buenos dias , Señorita ,
yo celebro verla buena
y graciosa como siempre .
Usted me llama , y quisiera
saber que novedad hay .

EULALIA.

A Dios , Biterman . Hoy llegan
los Señores del castillo .

BITERMAN.

Quien ? el Conde ? su Excelencia ?

EULALIA.

Sí , amigo , de aquí á dos horas
llega el Conde , la Condesa
y su cuñado el Mayor ,
de Horst .

BITERMAN.

¿Lo decis de veras?

EULALIA.

Usted sabe , Biterman,

Con dulzura.

que Miler no se chancea
jamás.

BITERMAN.

Peters.... y es posible?

Válgame Dios! quando vengan
que dirán! Peters....

Sale PETERS.

Señor.

BITERMAN.

Ve á buscar á toda priesa
al guarda bosques , y dile
que me mande varias piezas
de caza: que Juana limpie
los quartos de su Excelencia,
y le quite á los espejos
el polvo para que pueda
verse en ellos la señora.

Vase PETERS.

Corre, marcha. ¡Que cabeza
me ha puesto la tal noticia!
Pero lo que me da pena
es , que la cámara verde
está toda descompuesta,
y no habrá donde poner
al Mayor.

EULALIA.

¿En la escalera

no hay un cuarto hacia el oriente?

BITERMAN.

Es verdad; pero esa pieza
está para el Secretario:
no obstante tengo una idea
excelente : la casilla
que alinda con nuestra huerta
se la podríamos dar.

EULALIA.

¿Y como, si vive en ella
el extranjero?

BITERMAN.

No importa,
que se vaya.

EULALIA.

¡Oh! bueno fuera
cometer una injusticia.
Usted sabe, que no media
el interes en su elogio,
pues ni le he visto siquiera;
pero quantos le conocen
tienen repetidas pruebas
de su virtud; y yo creo
que la morada que arrienda
la paga liberalmente.

BITERMAN.

Cierto, yo no tengo queja
ninguna; pero...

EULALIA.

Qué? vamos.

BITERMAN.

En fin, Miler, yo quisiera

saber quien es. ; Qué demonio!
 Siempre va huyendo diez leguas
 quando me ve, y aunque busco
 mil ocasiones diversas
 para hablar con el criado,
 ni tampoco me contesta.
 „ Hoy hace buen dia. Sí.
 „ Ya los árboles empiezan
 „ á brotar. Sí. Me parece
 „ que hoy el amo se pasea
 „ con gusto. “ Sí. Mil demonios
 se lleven tanta reserva
 y tal callar, vaya, vaya.

EULALIA.

Bien, pero con la impaciencia
 olvida usted á los Condes.

BITERMAN.

Pues si es verdad: usted vea
 que motivo habrá...

EULALIA.

Las nueve.

Yo me voy á mis haciendas:
 á Dios, Biterman.

Vase.

BITERMAN.

Sí, sí;

tambien usted es linda pesca;
 ni tampoco sé quien es.
 ; Madama Miler! que buena!
 hay tanta Madama Miler
 en el mundo! La Condesa
 la recibió hace tres años,

para darle la intendencia
del castillo , pero bien,
quien es esta aventurera ?
de donde viene , y por qué ?
Ve aquí lo que me condena.
Vaya , que es fatalidad
no averiguar tan siquiera ...

Sale PETERS.

Padre , padre , que ha llegado
un Señor , venga usted apriesa,
que es el Mayor de... de... vamos,
que llega el Señor.

Sale el MAYOR HORST. PETERS *imita á su*
padre en toda esta escena.

BITERMAN.

Merezca

Con muchas cortesias.

un mayordomo , Señor,
ofrecerse á la obediencia
de V. S. y mas quando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia
el gran Conde de Walberg.

PETERS.

De Walberg.

MAYOR.

Oh! vamos, dexa

cumplimientos, Biterman:
ya ves que un hombre de guerra
ni los hace , ni recibe.

BITERMAN.

Señor , con vuestra licencia, aunque estamos en el campo veneramos la grandeza de los cuñados de un Conde.

PETERS.

Conde.

MAYOR.

Muy bien , como quieras.

Mi hermano y yo hemos pensado pasar esta primavera en el castillo.

BITERMAN.

Aunque fuese

un año ; pues sin que sea vanidad , he acumulado, Señor , y puesto en reserva con que admirar á los Condes.

PETERS.

A los Condes.

MAYOR.

Bien , muy bella

precaucion. Tu economía exíge , segun mis cuentas, un disipador , y creo que en mi cuñado se encuentra quanto puedes desear. Ha dexado la carrera militar , y se propone concluir lo que le queda de vida en este castillo.

BITERMAN.

Y con eso las gazetas
vendrán todas las semanas.

PETERS.

Semanas.

BITERMAN.

Por la escalera

me parece... Sí, Madama
Miler... Buena muger! buena!
es el ama de gobierno.
Yo voy á hacerla que venga.
si gusta V. S.

PETERS.

Si V. S.

MAYOR.

No te tomes esa pena.

BITERMAN.

¡Oh Señor! no puede serlo
nunca para mí dar pruebas
de mis respetos á V. S.

PETERS.

Tos á V. S.

Vanse BITERMAN y PETERS.

MAYOR.

¡Que paciencia

es necesario tener
con estas gentes! El piensa
hacerme quizá un obsequio
en mandarme alguna vieja
importuna y habladora
que me rompa la cabeza.

Sale EULALIA , que hace una cortesia , que anuncia su buena educacion.

Ola! no es vieja.

EULALIA.

Señor ,

yo me doy la enhorabuena
de conocer un hermano
de la Señora Condesa
mi bienhechora.

MAYOR.

Y yo aprecio

un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á Vmd.

EULALIA.

Sin duda la primavera
ha dado motivo al Conde
de venir aquí.

MAYOR.

No, bella

Miler , Vmd. le conoce :
que haga sereno , que llueva ,
poco le importa , con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.

Amistad , amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya , y si llega
á reunirlos , ve aquí
su codicia satisfecha.

EULALIA.

En verdad , que la ventura
le favorece : riquezas ,

D

salud , todo contribuye
á su dicha ; mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa ,
no gozaria de entera
felicidad.

MAYOR.

Es muy cierto;

pero el alma epicuréa
de mi cuñado disfruta
de un bien , que jamas altera
el dolor , y por gozar
de su libertad se dexa
el servicio , y por vivir
tranquílo.

EULALIA.

Aquí?

Algo turbada.

MAYOR.

Si no encuentra
estorbo en la soledad.

EULALIA.

Señor , el hombre que alverga
un corazon libre y puro
no puede encontrar en ella
sino la paz.

MAYOR.

Yo aseguro,

que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio.

EULALIA.

No crea

V. S., Señor Mayor,
que mi sexô no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres.

MAYOR.

Señora,

la verdad : ni Vmd. es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para Vmd.

EULALIA.

Señor Mayor, quando reyna
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nuestras horas : las ideas
de un dia retratan siempre
las del anterior ; las mismas
ocupaciones y el mismo
placer. Quando en una bella
madrugada me levanto
por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.

Dexa el ganado su establo,
y las tranquilas ovejas
van al prado : el labrador,

sacudiendo la pereza,
 unce los amigos bueyes,
 y los vientecillos suenan
 con sus rústicos cantares.

Vuelvo á casa , y mis haciendas
 particulares me ocupan
 hasta que la tarde llega
 y voy á regar mis flores...

Mis flores , las compañeras
 de mi soledad. En tanto
 los mozos y las doncellas
 me divierten con sus juegos
 que dirige la inocencia,
 hasta que el plácido sueño
 y el cansancio nos dispersan.

MAYOR.

Es verdad , pero el invierno...

Sale PETERS.

Toma , ya está en la escalera;
 yo no puedo mas.

EULALIA.

¿Que es eso?

PETERS.

Qué ha de ser? que se me cuele
 Tobías... aquí está ya.

Sale TOBIAS.

Oh mi bienhechora ! es fuerza,
 es fuerza que yo...

*Queriendo abrazar los pies de EULALIA que lo
 impide.*

EULALIA.

Buen hombre...

Valgame Dios ! ¿ no pudiera
Vmd. venir á otra hora?
ya vé Vmd...

TOBIAS.

Muger modesta
tanto como virtuosa ,
el Señor. . .

MAYOR.

Y bien , que intenta
este anciano ?

TOBIAS.

Demostrar
la gratitud que me llena
todo el fondo de mi alma
á los pies . . .

EULALIA.

Mañana es buena
ocasion.

MAYOR.

Dexele Vmd.
Con viveza.

y permita que yo sea
testigo de un accidente
que me dice en lo que emplea
la bella Miler el tiempo.
Habla , buen viejo , y consuela
tu corazon.

TOBIAS.

Ah Señor !
; Si cada palabra fuera
una bendicion celeste !
Yo estaba en mi cabañuela

abandonado y enfermo,
 y mi débil existencia
 caminaba hácia la muerte.
 La lluvia , el viento , la intensa
 nieve , entraban en mi choza ,
 y yo en una vieja estera
 desnudo , pobre , y enfermo ,
 aun no tenia siquiera
 unas migajas de pan
 que dar á mi perro en prueba
 de gratitud á su amor.

En esto que Miler llega
 como el angel del consuelo ;
 me da favor , me dispensa
 remedios , y todo quanto
 necesitaba en mi extrema
 situacion ; pero la gracia
 de su virtud , su halagüeña
 oficiosidad , lograron
 recuperar la flaqueza
 de mi vejez. . . Ah ! yo vivo ,
 yo vivo , y gozo la eterna
 luz del sol por su piedad.
 ¿ Y querrá que no agradezca
 mi sensible bienhechora. . . ?

Se arrodilla.

EULALIA.

Por Dios , buen viejo. . .

TOBIAS.

Modesta

Miler , dexé Vmd. que riegue

Ella lo impide.

con mis lágrimas la tierra
 que pisa; dexé que bese
 la mano que se interesa
 en mis males, y por quien
 bendice la Providencia
 mi vejez. El extranjero
 que ha venido á nuestra aldea
 me ha dado el oro que veis
 para rescatar la prenda
 de mi amor, al hijo mio.
 De aquí voy á la bandera,
 le rescato, le desposo
 con una jóven honesta,
 y quizá tendré el placer
 de ver en la propia mesa,
 de poner en mis rodillas
 los frutos de su terneza.
 Y si acaso pasa Vmd.
 alguna vez por la puerta
 de mi cabaña, ¡qué gozo
 será para su alma bella
 decir: „estos son felices
 „ por mi piedad!

EULALIA.

¡Qué pena
 me está Vmd. dando, Tobías!
 basta.

Como suplicando.

TOBIAS.

Sí, basta: mi lengua
 es incapaz de explicar
 quanto es el placer que prueba
 mi corazón este instante.

Le besa la mano de por fuerza, y PETERS se va limpiando las lágrimas

Muger virtuosa y tierna,
solo Dios y tu virtud
pueden ser tu recompensa.

Vase y Peters.

EULALIA.

Mucho tardan ya los Condes.

MAYOR.

No, bella Miler, no quiera
Vmd. distraerme acaso
de la deliciosa idea
de su virtud. Ah! ¡qué poco,
discurrí yo hallar en esta
soledad una muger
como Vmd.!

EULALIA.

¿Pues qué una escena
tan simple puede causaros
admiracion?

MAYOR.

Yo quisiera
saber (perdone Vmd., Miler,
una curiosidad necia)
si Vmd. ama, y si es casada.

EULALIA.

Lo fuí.

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

MAYOR.

¿Luego Vmd., en esa
suposicion, es viuda?

Ay Señor! hay ciertas cuerdas
 en el corazon humano,
 que si las pulsán resuenan
 con dolor. Perdóne V. S.,
 voy á ver si el Conde llega.

Vase.

MAYOR.

Vaya Vmd., que ya la sigo.
 Valgame Dios! ;quien creyera
 hallar en la soledad
 de una miserable aldea
 tal muger! piadosa, noble,
 y como bella modesta.
 Quien será? pero que importa
 que sea ilustre, ó no sea
 para los hombres de bien?
 No es mi corazon de piedra,
 ni cerrado á la virtud:
 ;no es compasiva, no es bella,
 no la amo? pues ve aquí
 sus títulos de nobleza.

ACTO II.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el CONDE, la CONDESA, el MAYOR, EULALIA, BITERMAN, PETERS, un Postillon, dos Lacayos y una Camarera de la Condesa, que trae un niño de la mano.

CONDE.
Enfin llegamos, el cielo
 bendiga nuestra jornada
 como puede. Bella Miler,
 cansado de mis campañas,
 en las banderas de Vmd.
 vengo á tomar una plaza.

EULALIA.
 Mis banderas, Señor Conde,
 ya solo en la retirada
 se despliegan.

CONDE.
 Sin embargo,
 los amores y las gracias
 vuelan en contorno suyo.

CONDESA.
 Vaya, amado esposo, vaya,
 Vmd. parece que olvida
 que estoy aquí.

CONDE.
 Pero, amada

esposa, bien puedo yo

Remedandola.

hacer tambien lo que acaba
de hacer su hermano de Vmd.,
que ha rebentado las jacas
de mi tiro, por llegar
con dos horas de ventaja.

MAYOR.

Si hubiera sabido quanto
tienes de amable en tu casa,
dirias bien.

CONDESA.

Cara Miler,

voy á complacer el alma
de Vmd. como lo desea.
Este niño es de mi hermana,
de mi pobre Carolina,
que ha muerto la desgraciada,
y le dexa sin amparo,
con que suplamos su falta
entre las dos.

NIÑO.

Tia mia,

es otra mamá? qué guapa!
ay! pues yo la querré mucho.

CONDESA.

Bien, Eugenio.

*Al oir Eugenio se turba EULALIA, y despues
profundamente pensativa se inclina
hacia el Niño.*

EULALIA.

¿Qué se llama

Eugenio? Qué bello nombre.

NIÑO.

Yo soy Eugenio.

EULALIA.

Que gracia!

CONDE.

Y bien, Biterman, yo creo,

*Dando á BITERMAN su espada y sombrero
y se sienta.*

que nos tendrás preparada
una regular comida.

BITERMAN.

Señor, no será muy mala.

MAYOR.

Oye, Condesa, ¿quien es

Aparte á ella.

ese tesoro, que guardas
en este campo?

CONDESA.

¡Oh, Señor

enamorado, y que alma
tiene tan tierna!

MAYOR.

Responde.

CONDESA.

Y bien, que quieres? se llama
Miler.

MAYOR.

Sí, ya lo sé; pero...

CONDESA.

Pues yo tampoco sé nada
mas.

MAYOR.

Oh! no burles.

CONDESA.

No burlo.

Vente conmigo á la sala del Conde, y allí verás que lo ignoro. Eugenio, vaya, ven á descansar un rato.

Querida Miler, no salga Vmd. de aquí; pronto vuelvo, y en la compañía grata de Vmd. espero gozar quantos gustos me prepara la soledad, que amo tanto.

Vanse la CONDESA, el MAYOR, los Criados y el Niño.

CONDE.

Y bien, Biterman, ¿aun gastas aquel buen humor que siempre?

BITERMAN.

Para servir á tan alta Excelencia.

CONDE.

Bien, yo espero tener buenas temporadas contigo.

BITERMAN.

Lo que es por mí haré, Señor, quanto haya que hacer.

Por PETERS, que le está haciendo cortesias quando le mira.

CONDE.

Quien es ese tonto?

y qué significan tantas
cortesias?

BITERMAN.

Con perdon
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo.

CONDE.

Ah! sí.

Y como estamos de caza?

BITERMAN.

Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque:
obeliscos, lontananza,
ruinas y.. qué sé yo?
Por exemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca... mas como!
con qué solidez!

CONDE.

Pues vaya,

Se levanta.

hombre, mientras que comemos
llevame á ver esas raras
invenciones.

BITERMAN.

Sí, Señor,

BITERMAN *le da el sombrero.*

pues Vucelencia lo manda,
tendré el honor de servirle.

PETERS.

Yo tambien.

CONDE.

Pero, Madama

Miler, ¡Vmd. trabajando,
sin hablar una palabra!

qué es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada
seriamente en discurrir
como variar las gracias
y los placeres del campo.

Vamos, que ya tengo gana

á Biterman.

de ver la puente chinesca.

BITERMAN.

Es magnífica.

El CONDE, BITERMAN y PETERS parten por la derecha de los actores. Eulalia, que desde que se fué la CONDESA se puso á bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, y sumergida en una profunda meditacion que solo interrumpe su llanto, despues de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.

EULALIA.

¿Qué pasa

en mi corazon? Dios mio!

¡qué mocion inesperada

ha sentido, que mi llanto

jamás con tanta abundancia
se vertió! cuando el dolor
me obedecía, las gracias,
la presencia de aquel niño
han aniquilado el alma
de una infeliz. Ay! su nombre
me recuerda quanto amaba
mi corazón en la tierra.

¡También esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!

cuya maternal crianza
no es obra mía. ¡Si ha muerto!

¿quien sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes

él y mi pequeña Amalia

piden contra mí? ¡oh idea

cruel! ¿por qué despedazas

mi corazón, y su llanto

moribundo me retratas,

sino hay remedio? ¿por qué

me pintas su amable infancia

luchando contra el dolor,

é implorando en su desgracia

la compasión que les niega

una mano mercenaria?

¡Y cruel los abandona

su madre desventurada

é insensible! ¡ay, quan culpable

criatura soy! se me arranca

el corazón al pensarlo.

¡Y quando, quando mi amarga

pena me devora el pecho!

quando debo en mis palabras
aparentar un placer
de que no goza mi alma.

Sale PETERS apresurado, y gritando.

PETERS.

Ay Dios mio, ay!

EULALIA.

Qué es eso?

PETERS.

Que el Conde ha caido al agua,
y su Excelencia se ahoga.

EULALIA.

Pero ha muerto?

PETERS.

No le falta
mucho; pero no se ha muerto.

EULALIA.

Pues no grites, vamos, calla,
que su esposa....

PETERS.

Que no grite?

ay Dios mio de mi alma!

Gritando mas.

que se ha mojado el Señor.

Salen la CONDESA y el MAYOR.

CONDESA.

Por qué das voces?

MAYOR.

Quien causa
este ruido?

EULALIA.

Señora,

E

un ligero acaso , nada ;
ya está fuera de peligro
el Conde ; es verdad ?

A Peters.

CONDESA.

Madama,
pues qué ha sido ?

PETERS.

La maldita
puente chinesca... y estaba
fuerte ; pero , ya se ve...
¡ tambien el Señor se agarra
de los maderos ! si aquello
no está para sufrir chanzas.
Toma , así que los tocó,
puf , se cayeron al agua,
y el Señor se fué detras.

CONDESA.

Ay mi esposo !

EULALIA.

Pero , vaya ,

A Peters.

no le sacasteis al punto ?

PETERS.

Quien ? yo y mi padre ? ya baxa !
lo que hicimos fué gritar
y gritar por las cabañas.
A nuestros gritos llego
aquel hombre que no habla
nunca , y soltando la ropa
se tiró de un salto al agua,
agarró al señor de un brazo ,

en la orilla me le planta
bueno y sano , y se marchó
sin decir una palabra.

CONDESA.

Ay hermano! ay Miler mia!
venid , corramos en alas
del deseo á dar al Conde
nuestro favor , y las gracias
al generoso extranjero,
que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

*El teatro representa la escena primera del
primer acto. El BARON aparece sobre un
asiento rústico , y de allí á un momento
sale FRANTZ.*

FRANTZ.

Quiere Vmd. comer?

BARON.

No.

FRANTZ.

Vamos,

un pichon.

BARON.

No tengo gana ; come tú.

FRANTZ.

Quizá el calor....

BARON.

Puede ser.

FRANTZ.

Pues bien , se guarda
para la noche?

BARON.

No , come.

FRANTZ.

Me da Vmd. licencia para

Despues de algun silencio.

hablarle un poco?

BARON.

Sí , Frantz.

FRANTZ.

Pues , Señor , Vmd. acaba
de hacer una buena accion.

BARON.

Qual?

FRANTZ.

La de salvar....

BARON.

Oh! calla.

FRANTZ.

Sabe Vmd. á quien?

BARON.

A un hombre.

FRANTZ.

Pero un hombre que se llama
el Conde de Walberg.

BARON.

Bien.

FRANTZ.

Ese proceder me arranca

Otro silencio.

mil lágrimas de ternura.

BARON.

Qué debilidad!

FRANTZ.

Un alma
tan noble! tan generosa!

BARON.

Tú me adulas? vamos , basta,

Se levanta.

vete.

FRANTZ.

Quando yo en silencio
pienso en la jamas exhausta
piedad de Vmd. ; en el gozo
con que alivia las amargas
penas de qualquiera hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es Vmd. felice,
se me parten las entrañas
de dolor.

BARON.

Ay buen amigo!

Alargando la mano.

FRANTZ.

Amado Señor , si tanta....

La coge , y habla.

melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un médico docto,
que quizá podrá curarla.

BARON.

Ay Frantz! mi mal es aquí,

Pone la mano sobre el corazon.
y á esta enfermedad no alcanzan
los remedios.

FRANTZ.

¿Con que luego
es Vmd. por otra causa
realmente desdichado,
siendo tan bueno? ¡Que amarga
situacion es la de Vmd.!

BARON.

Yo sufro , sin que lo haya
merecido.

FRANTZ.

Pobre amo!

BARON.

¿Olvidas que esta mañana
dixo el anciano : aun hay otra
vida mas feliz? pues calla,
esperemos , y suframos.

FRANTZ.

Esperemos.

BARON.

Frantz.

Despues de algun silencio.

FRANTZ.

Qué manda

Vmd.?

BARON.

Es fuerza partir!

FRANTZ.

Y adonde será la marcha?

(71)

BARON.

Dios lo sabe.

FRANTZ.

Yo estoy pronto

á seguir á Vmd.

BARON.

¿Me engañas

Frantz ?

FRANTZ.

Señor , hasta la muerte.

BARON.

Ay ! oxala ! allí descansa

Con vehemencia.

para siempre el infelice.

FRANTZ.

El justo goza de calma
en todas partes. ¿Qué importa
la tempestad que amenaza
en derredor de nosotros,
si vive tranquila el alma ?
fuera de que , ¿no está Vmd.
contento en su solitaria
habitacion ?

BARON.

No : mil gentes

desconocidas acaban
de llegar á ese castillo ;
y los que ignoran las gracias
de la soledad acaso
llamarán extravagancia
y ridiculez mi humor.

FRANTZ.

No, Señor, la temporada
 que le habiten será corta:
 es un enxambre que vaga
 aquí y allí, sin deseo
 de posar sobre las ramas
 de la soledad; la moda
 le trae aquí, y mañana
 el frío y la moda misma
 le llevarán de reata
 á su primera colmena.

BARON.

Me parece, que acibáras

Con desconfianza.

tú reflexión.

FRANTZ.

Ello es fuerza
 mezclar tal vez con las gracias
 la seriedad.

BARON.

Y presumo,
 que acaso quando le falta
 objeto á la burla tuya,
 lo soy yo.

FRANTZ.

Quien, Vmd.? vaya;
 volved á caer de nuevo
 en esa desconfianza
 universal. Es posible...

BARON.

Pero aguarda, Frantz, aguarda:

Mirando adentro.

¿qué uniformes, qué plumages
son aquellos que se alcanzan
á ver? huyamos.

FRANTZ.

Huyamos.

BARON.

Y presto; si yo tardára
en hacerlo, era preciso
cerrar por siempre mi estancia
á su importuna visita,
y yo en ellos no extrañára,
que á mi pesar penetrasen
hasta mi retiro: basta,
que llegan, voy á cerrar
mis puertas y mis ventanas.

Vase.

FRANTZ.

Y yo aquí de centinela.

Paseando.

Con efecto no se engañan
en que á nosotros nos buscan;
pero al cabo, si ellos tratan
de saber quien es mi amo,
será en valde: no sé nada,
y nada sabrán.

Salen al bastidor la CONDESA y su hermano.

CONDESA.

Hermano,

aquel que por allí anda
será su criado.

MAYOR.

Ámigo,

Se acercan.

podríamos ver mi hermana
y yo al extranjero?

FRANTZ.

No.

MAYOR.

Con pocos minutos bastan
para verle.

FRANTZ.

Se ha encerrado.

CONDESA.

Digale Vmd., que una Dama
se lo suplica.

FRANTZ.

Ay Señora,

es en vano.

CONDESA.

Cosa rara!

aborrece á las mugeres?

FRANTZ.

A toda la especie humana.

CONDESA.

Y por qué?

FRANTZ.

Acaso le habrán

engañado.

CONDESA.

Extravagancia

poco galante!

FRANTZ.

Es verdad;

pero tambien quando halla

ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiendose á la muerte.

MAYOR.

Mas vale, que no la falsa
y necia galanteria :

pero tampoco una vana
ceremonia nos conduce
aquí para darle gracias.

La esposa, pues, y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado, desean
hacerle ver la eficacia
de su gratitud.

FRANTZ.

Tampoco
gusta mucho de eso.

CONDESA.

Vaya,
que es un hombre singular.

FRANTZ.

Que solo vive en la calma
de la soledad.

CONDESA.

Nobstante

yo quisiera verle para
saber quien es.

FRANTZ.

Yo tambien.

CONDESA.

Pues Vmd. que le acompaña
no le conoce?

FRANTZ.

Y muy bien:

esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad, Madama,
¿juzga Vucencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer al hombre?

CONDESA.

Tiene Vmd. razon, me agrada
ese modo de pensar.
Y Vmd. quien es?

FRANTZ.

Yo, Madama...

un criado de Vucencia.

Vase.

CONDESA.

Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre.

MAYOR.

Y el criado

le imita bien.

CONDESA.

Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atras, que tardan
mi marido y nuestra Miler.

MAYOR.

Escúchame antes, hermana.
El accidente del Conde

nos interrumpió en la sala
del castillo, y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.

¿Quien es esta muger sabia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto?
yo te lo suplico, habla.

CONDESA.

¿No sabes ya, que lo ignoro?
que te admira? es una exâcta
verdad. Quando yo la ví
por primera vez en casa
me pareció sumergida
en su dolor, y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar, porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado, son
su desventura, y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla
del objeto de su llanto.

MAYOR.

¿Pero como tuvo entrada
en tu casa?

CONDESA.

Veslo aquí.

Tres años habrá que estaba
yo en el castillo, y un dia

por la tarde mis criadas
me dixerón que una jóven
solicitaba la gracia
de hablarme. Dixe que bien;
quando pareció Madama
Miler con esta modestia,
esta sencillez que arrastra
el amor; pero sus ojos
con mil signos demostraban
el tormento roëdor,
que se ha convertido en grata
y dulce melancolia.

Ella se arrojó á mis plantas,
pidiendome que salvase
á la mas desventurada
de la tierra. Yo sensible
á su llanto y á las gracias
de su juventud, la alcé,
prometiendola mi casa,
mi proteccion y mi amparo
sin afligir mas su alma
con preguntas dolorosas;
pero procuré con ansia
conocerla: y advirtiendo
la virtud que se hospedaba
en ella, muy desde luego
no la admiti por criada
como pidió, sino amiga.

Un dia, pues, que pasaba
con ella por estos campos,
la ví absorta, enagenada,
y con el alma en los ojos,

contemplando la inexhausta
 é imponderable belleza
 de estas plácidas campañas.

Por lo mismo la propuse
 mi castillo por morada
 constante de su infortunio.

Ella, sin que otra palabra
 pudiese articular, coge
 mi mano, la besa y baña

con llanto: su corazon
 agradecido brillaba
 en su llorar silencioso.

Desde entonces, retirada
 en mi castillo, pródiga
 su piedad en las cabañas
 del contorno con secreto;
 y en fin, Mayor, adorada
 de quantos la ven, habita
 en mis campos solitaria.

Ve aquí, amigo, lo que sé.

MAYOR.

Poco, á la verdad, ó nada
 para dexar satisfecho
 mi deseo; pero basta
 para mi resolucion.

Ayúdame; tu eficacia
 puede hacer que se declare;
 y con tal que sea honrada
 su familia, es mi muger.

CONDESA.

Quien?

MAYOR.

Miler.

CONDESA.

Hermano...

MAYOR.

Hermana...

querrás decir...

CONDESA.

Poco á poco.

Las máximas que reclaman
la igualdad de los estados
no juzguen que son estrañas
para mí ; pero vivimos
en sociedad , y la vara
de la opinion...

MAYOR.

Enriqueta,

en vano , en vano te cansas :
la virtud es siempre noble.
Una pasion no esperada ,
tan rápida como activa ,
me subyuga y arrebata.
Yo no repugno á esconderme
en la tranquila morada
de la obscuridad , si en ella
puede reposar el alma
en paz y dichosa.

CONDESA.

Pero

ya ves tú , que no me falta
que responder : tú , Mayor ,
debes respetar tu casa

(81)

y á tus amigos.

MAYOR.

Yo debo

(concluyamos, pues, hermana)

ser feliz y hacer felices

á mis hijos, y me basta

mi corazon para guia.

CONDESA.

Ahora el amor apaga

las luces de tu razon,

y no adviertes en las causas

que pudieran destruir

tu intencion. ¿Quizá Madama

Miler podrá recibir

tu oferta sin repugnancia?

MAYOR.

Ve ahí para lo que imploro

tu persuasion y tu gracia.

Bella Enriqueta, conoces

mi corazon á quien cansa

y siempre cansó la necia

galanteria. La llama

del amor, ó lo que usurpa

su nombre, no tuvo entrada

jamás en él, y un amigo

en otro tiempo llenaba

toda su capacidad:

hoy amo en fin, y me arrancas

la felicidad, si estorbas

una union tan deseada.

Pero compadéceme,

habla por mí.

F

CONDESA.

La palabra

te doy de hacerlo , aunque veo
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confío
convencerla . . . pero calla,
que llegan aqui . . .

Salen EULALIA y el CONDE por la derecha.

CONDE.

Por Dios,

Señora Miler , que anda
Vmd. por doce : no , amiga,
para el necio que apostára
con Vmd.

EULALIA.

Esto es costumbre,
y á las dos ó tres semanas
que V. E. lo exerciera
no le costaria nada
el andar.

CONDE.

¿ Y donde está
Biterman? le daré gracias
por su puente á la chinesca,
que á fé mia , es una alhaja
digna de un príncipe.

CONDESA.

Y bien,

dime , ahora donde estabas,
que te ibamos á buscar?

CONDE.

Donde estaba ? con Madama

venia; yo no sé mas,
 porque, amiga, mientras habla
 Miler no sé donde estoy.

EULALIA.

En la colina cercana,
 hemos estado á la orilla
 del rio que su pie baña,
 y fertiliza el contorno.

CONDE.

A la verdad, que es muy grata
 y amena la perspectiva
 que ofrece nuestra comarca;
 mas oír la descripcion
 poética y entusiasta
 de las bellezas del campo
 en la boca de la sabia
 Miler, es mas agradable.

Con todo, si no se enfada

A MILER.

Vmd, basta de paseo:
 me ha cansado la mañana,
 y luego el salto que he dado
 por Biterman.

CONDESA.

Si te cansas,
 vamos al castillo.

CONDE.

No;
 yo estoy fatigado para
 andar de nuevo, y la sed
 me molesta: que nos traigan
 cerbeza inglesa. Mayor,

qué tal? baxo la enramada
la beberémos.

CONDESA.

Muy bien;

y en tanto que tú descansas,
la bella Miler , si gusta,
me acompañará.

CONDE.

Pues vaya,

no os alejeis. Voto vá!
que no hay ninguno de casa
que vaya por la cerbeza.
Ello es cierto, que me enfada
un holgazan de lacayo,
que me cuente las pisadas ;
mas ahora. . . allí está Peters ,

Mirando adentro.

que anda á vueltas con las ramas
de un peral. Peters , muchacho,
eres sordo?

Dentro PETERS.

¿Quien me llama?

CONDE.

Yo; ven acá, que otro día
te comerás las que faltan.

Dentro PETERS.

Voy allá.

CONDE.

Pronto.

Sale PETERS *con muchas peras en el seno.*

Aquí estoy.

CONDE.

Mira , vete sin tardanza
al castillo por un frasco
de cerbeza (y no te caigas
con él) que lo llevarás
allí debaxo : despacha.

PETERS.

Voy corriendo. *Vase.*

CONDE.

Señoritas,

hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

CONDESA.

A Dios. Madama

Miler , y bien , ¿ que os parece
mi hermano?

EULALIA.

Que en él se hallan
mil prendas que le hacen digno
de serlo.

CONDESA.

Ya yo esperaba
una lisonja de Vmd.

EULALIA.

Muy léjos de qualquier vana
consideracion , le miro
como un hombre á quien no falta
ni el valor , ni la virtud.

CONDESA.

Bella Miler , ni gallarda
persona : ¿ no es verdad?

EULALIA.

Sí.

CONDESA.

Pero un sí, dicho con tanta

Remedandola con amistad.

indiferencia es un no :

y sin embargo idolatra

en Miler. Qué dice Vmd?

EULALIA.

Que una burla poco urbana

es indigna de V. E.;

pero esta será una chanza

inocente , y sin embargo

está mi alma tan lejana

de admitirla. . .

CONDESA.

Como Vmd.

de ser el objeto : basta ,

que os hablo con seriedad.

EULALIA.

Yo no afectaré una falsa

Llena de embarazo.

modestia ; pero V. E.

me confunde y embaraza.

Fué un dia , es verdad , Señora,

en que brilló alguna gracia

en mí ; pero el infortunio

ha borrado en su venganza

las facciones de mi rostro.

Ay ! Solo la paz , la calma

del corazon embellecen

á la muger , y las gracias

de que se enamora el justo
deben anunciar un alma
tan pura como tranquila.

CONDESA.

¡Oxalá que yo probára
la satisfaccion de ser
tan virtuosa!

EULALIA.

Madama,

Con vehemencia.

¡oh no lo permita el cielo!

CONDESA.

Como?

Admirada.

EULALIA.

Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.
Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
del amistad de V. E.;
pero sí de su inexhausta
misericordia.

Quiere irse.

CONDESA.

No, Miler,

venga Vmd. acá; se trata
de un asunto, que merece,
atencion. La inesperada
sentencia que Vmd. se impone
á la verdad no me causa
extrañeza: Vmd. parece
á un enfermo que juzgaba

ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza.

EULALIA.

Ah Señora!

que el infierno me acompaña
en el corazon por siempre.

CONDESA.

Miler , la amistad es grata

Tomandola las manos.

y consoladora. Nunca
exígi la confianza
de Vmd. sobre su infortunio,
y ha tres años que mi casa
oculta su desventura ;
mas hoy otra nueva causa
me anima para saberla.

Vmd. habla con su hermana ,
con su amiga , y para prueba ,
un hombre de bien os ama.

Vmd. quizá llamará
ligereza lo que acaba
de oir ; pero , amiga mia,
mi hermano posee una alma
sensible , un corazon noble ,
y una virtud no violada.

El buscaba una muger ,
que reuniese la sabia
educacion y belleza ;
y la virtud y las gracias
le han enamorado en Miler.

La primera vez que hablaba

con Vmd., su compasion ;
su beneficencia . . . vaya ,

Miler demuestra vergüenza.

cara Miler , no prosigo ,
porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de Vmd. En una palabra ;
él aspira á ser su esposo :
su felicidad descansa
en Vmd. sola ; y supuesto
que Vmd. me vé interesada
en saber su desventura ,
haga Vmd. mas confianza
de su amiga. Bella Miler ,

Con la ternura de amistad.

mi corazon se dilata
para recibir sus penas ;
haga Vmd. por derramarlas
en él , y lloremos juntas ,
si yo no puedo aliviarlas.

EULALIA.

No hay remedio , el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.

Es preciso (Triste Eulalia

Aparte.

empieza á pagar tu culpa.)
¿ Nunco oyó V. E. ? Ay ! basta ,

Apartandose con miedo.

perdon. . . ; Nunca oyó V. E.

el nombre? .. ¡Desventurada!
 ¡Quanto es cruel disipar
 la ilusion en que apoyaba
 V. E. su compasion!

Aparte.

(¡Pero una muger culpada
 podrá ser tan orgullosa!
 No hay remedio.) En fin, Madama,
 ¿Nunca oyó V. E. el nombre
 de la criminal Eulalia,
 Baronesa de Menó?

CONDESA.

¿Que vivia en la cercana
 Corte? Sí, Miler, y juzgo
 que ha causado la desgracia
 de un hombre de bien.

EULALIA.

Dios mio!
 de un hombre de bien!

CONDESA.

Ingrata!

y dicen que con un jóven
 huyó la infiel de su casa.

EULALIA.

Verdad, verdad... ¡ah Señora!

Se arrodilla.

dexa que inunde tus plantas
 con mi llanto; no me niegues
 una infelice morada
 donde pueda yo morir.

CONDESA.

¡Gran Dios! ¿y que es lo que habla.

Apartándose de ella.

esta muger? Vmd. es...?

EULALIA.

Yo , la mas desventurada
y abominable criatura.

CONDESA.

¿Vmd. será...? ¡Desgraciada!

El corazon se le rompe
de dolor , y mis entrañas
se conmueven con su llanto.

Vamos , alce Vmd. : su amarga
situacion me compadece ;
pero evitemos que salga
de nosotras un secreto ,
que Vmd. con razon callaba.

EULALIA!

Ah ! mi conciencia , Señora ,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.
No me aborrezcais.

CONDESA.

Eulalia,

no , yo no aborrezco á Vmd.
Sus virtudes , sus desgracias,
su mismo remordimiento
no borrarán una falta
tan odiosa ; pero nunca
negaré á Vmd. en mi casa
un aposento en que llore
de un esposo que la amaba
la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el teatro.

EULALIA.

¡ Irreparable !

CONDESA.

¡ Oh incauta,

oh desgraciada muger !

EULALIA.

¡ Y mis hijos !

CONDESA.

Basta , basta,

por Dios.

EULALIA.

¡ El sabe si viven !

CONDESA.

¡ Pobre madre !

EULALIA.

Me arrebatan

al hombre mas virtuoso.

CONDESA.

¡ Infeliz !

EULALIA.

Que idolatraba

en esta muger indigna.

Con terror.

¡ Mísera yo ! Si su alma
inocente me acrimina
ante Dios !

CONDESA.

¡ Ah ! como vagan

sus ojos con el furor !

EULALIA.

¡ Murió para mí !

CONDESA.

La espada
del dolor hiere su pecho.

EULALIA.

¡Padre mio! tu malvada
hija te cuesta la vida.

CONDESA.

¡Quan cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!

EULALIA.

¡Y yo vivo!

En todo el incremento de la pasion.

CONDESA.

Desdichada,

¿quien habrá que te aborrezca,
viendote llorar? La falta

A ella , con amor.

dé Vmd. , infelice amiga,
quizá no habrá sido tanta.

La debilidad de Vmd.

ha sido un sueño, una vana
y pasagera ilusion.

EULALIA *con viveza.*

No , no, mi culpa es bien clara,
bien horrorosa , y querer
hacerla menor agrava
mi tormento. . . ¡ Ah! nunca , nunca
es mayor, que quando trata
mi razon de disculparme :
no hay disculpa , ni se halla
para mi crimen. El triste
consuelo mio dimana

de saber que he merecido
la exêcracion de las almas
justas.

CONDESA.

Pero tambien ellas
no le negarán su gracia
á las lágrimas de Vmd.

EULALIA.

Ah ! si V. E. lograra

Mas tranquila.

conocer á mi buen Cárlos!
quando esta muger ingrata
le vió. . . ay ! él. reunia
las virtudes y las gracias :
apenas tenia yo
quince años.

CONDESA.

¿ Y casada
quanto estuvo Vmd. primero
que abandonase la casa
de su marido ?

EULALIA.

Dos años.

CONDESA.

Pues luego ve aquí la causa
de un yerro á que no asentía
el corazon : su temprana
juventud.

EULALIA.

La juventud
no me disculpa, Madama.
¡ Oh inocente padre mio !

tú grabastes en mi infancia
los principios del honor.

CONDESA.

Lo creo; pero la incauta
inexperiencia resiste
á la seduccion? y quantas,
quantas veces ha caido
la virtud en las lazadas
de un corruptor cauteloso!

EULALIA.

Pues ve aquí lo que se llama
incomprehensible en mi yerro.
El autor de mi desgracia
y cómplice del delito
se confundia en su nada
comparado con mi esposo.
Mas su lengua inventerada
en la seduccion, sabia
pintar cruel y tirana
la virtud de Cárlos: este
tampoco lisongeaba
los caprichos de mi luxo,
que tanto aprecian las almas
nuevas como yo imprudentes,
y la eloqüencia malvada
de mi corruptor indigno
seducia é inflamaba
mi vanidad. En fin... ay!
padre, esposo, hijos... (¡ oh caras
prendas!) todo lo dexé
por seguir... á quien? La innata
providencia se ha vengado,

permitiéndome que abra
los ojos sobre mi culpa.

Mil tormentos despedazan
mi corazón. ¡ Ah ! yo siento

Se señala al corazón.

aquí, aquí... ¡ Justicia santa
de mi Dios ! yo lo merezco,
y te adoro en tus venganzas.

CONDESA.

Pero un alma virtuosa
no pudo hacer dilatada
su ignominia.

EULALIA.

Lo bastante

para jamas expiarla.

Ah ! sin duda mi embriaguez

pasó presto , y en la amarga

pena que me circuia,

invoqué desconsolada

el hombre á quien ofendí;

pero en vano : procuraba

tal vez escuchar el llanto

de mis hijos , que llamaban

á su madre , pero en vano.

CONDESA.

Dexemos ya tan ingratas

memorias. Vmd. , en fin,

huyó de aquella tirana

cautividad?

EULALIA.

No pudiendo

soportar la odiosa carga

de mi error , vine á buscar
 un asilo en la mórada
 de la virtud generosa,
 donde pueda mi desgracia
 llorar y morir.

CONDESA.

Amiga,
 desde ahora se derrama
 en mi corazón su llanto:
 ¡oxalá hiciera mas grata
 la suerte de Vmd. mi amor,
 animando su esperanza!

EULALIA.

Ah! nunca , nunca.

CONDESA.

Y Vmd.

qué sabe del Baron?

EULALIA.

Nada.

Solo sé que abandonó
 su mansion amancillada
 con mi desdoro.

CONDESA.

Y los hijos?

EULALIA.

Los llevó consigo.

CONDESA.

Basta

por ahora , que mi hermano
 y el Conde vuelven. Eulalia,
 Vmd. componga su rostro,
 y oculte su desgraciada

G

situacion , que yo prometo
informarme donde para

Salen el CONDE y el MAYOR.
el Baron.

CONDESA.

Y bien , Señoras,
no hacemos la retirada?

CONDESA.

Quando quieras.

CONDE.

Di , Condesa,
¿es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena?

CONDESA.

Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

CONDE.

A la verdad , que es bien rara
criatura ; pero no importa:
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas
al castillo , y tú , Mayor,
si quieres , me harás la gracia
de suplicarle que venga.

Dile , que le hago la instancia
por tí , por no sonrojar
su modestia ; que le aguarda
el objeto de su zelo

generoso , y que si tarda
en venir , iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

Yo admito la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible,
y que la amistad consagra.

El Conde da la mano á EULALIA, que aparenta serenidad: el MAYOR da el brazo á su hermana, que no se atreve á mirarle. Por la posicion, la CONDESA está cerca de EULALIA, y le pasa el brazo por el cuerpo con amistad.

ACTO III.

Sale FRANTZ con un cestillo en la mano, en el qual se supone que trae la comida, que quiere hacer en aquel campo.

FRANTZ.
A la verdad esta vida pacífica es de mi genio, y no las agitaciones anteriores. El sosiego del corazón hace grato qualquier frugal alimento, que como tranquilo siempre baxo este sereno cielo. Pero quien viene?

Sale el MAYOR.

MAYOR.
Querido, lláme Vmd. al extrangero, que quiero hablarle.

FRANTZ.
Señor, es imposible; mi dueño huye de hablar con los hombres.

MAYOR.
Vaya Vmd., en el supuesto de que no soy un ingrato.

Lévosrece un bolsillo.

FRANTZ.

No necesito dinero.

MAYOR.

Pues bien , amigo , siquiera satisfaga Vmd. mis ruegos.

Digale Vmd. á su amo , que el sacrificio ligero de tres ó quatro minutos no le podrá ser molesto é importuno : que yo soy un militar tan sincero como el generoso ; enfin , quanto pueda darle peso á mi súplica : sí , amigo.

FRANTZ.

Voy , Señor , á ver si puedo

Despues de algun silencio.

hacerle venir.

Vase.

MAYOR.

Muy bien.

¿Pero si viene , qué medio tomaré para introducir mi súplica? no me acuerdo de haber tratado en mi vida misantropo mas austero ni decidido : yo ignoro como hablar con un sugeto á quien su misma exístencia , y á quien todo el universo se le han hecho insoportables.

FRANTZ.

Aquel es.

El BARON y FRANTZ por la izquierda.

BARON.

Vuelvete á dentro.

Quien me busca?

MAYOR.

Vmd. perdone,
caballero, si.... que veo!
eres tú, Menó?

BARON.

Horst mio!

Se abrazan.

MAYOR.

Mi buen amigo! es un sueño?

BARON.

No: yo soy.

MAYOR.

Valgame Dios!

Mirandole con dolor.

¿qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?

BARON.

La mano del vituperio
y la desventura... (Carlos!

Aparte.

calla, calla,) y di, ¿qué objeto
te conduce á mi cabaña?

MAYOR.

El de hablar á un extrangero
insocial, y vesme aquí
llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos.

BARON.

; Luego tú /

no sabias que en el centro
de esta soledad vivia
Menó ?

MAYOR.

No , amigo ; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud : primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo , á efecto
de hacerte gozar el fruto
de tu beneficio en medio
de su inocente familia ;
yo en fin venia de nuevo
á suplicarte lo mismo ,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo ,
y de quien mi corazon
necesitaba el consuelo.

Le abraza.

BARON.

Soy tu amigo , sí , tu amigo ;
tu corazon es sincéro
y virtuoso , y el mio
te ama como en un tiempo
te amó. Horst , ; te lisongea
una verdad que confieso
en la efusion de mi alma ?

pues dame una prueba de ello,
dexandome para siempre.

MAYOR.

Quanto escucho y quanto veo
es incomprehensible, Cárlos.

Tú eres ; pero echo menos
aquel rostro , que anunciaba
tus virtudes , tu talento ,
tu afabilidad y gracias ,
que un dia constituyeron
tu carácter.

BARON.

Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.

MAYOR.

Muy lejanos? yo comprehendo,
que tu edad , que apenas llega
á treinta y seis años.... pero
¿por qué evitas las miradas
de un amigo? ¿tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! ¿qué se ha hecho
aquella penetracion
con que leias lo interno
del corazon?

BARON.

Sí, Mayor,

Con una sonrisa dolorosa.

fuí muy hábil, lo confieso,
en leer los corazones.

MAYOR.

Ah ! ; como agita tu aspecto
esa funesta sonrisa !
qué te sucede ? qué es esto ,
amigo ?

BARON.

Lances comunes ;

Afectando ligereza.

el mundo... nada... sucesos
ordinarios... sino quieres

Volviendo á su primera seriedad.

que te maldiga , te ruego
que no me preguntes nada ;
y si tienes en aprecio
mi amor , dexame por siempre.

MAYOR.

¡ Qué espectáculo tan nuevo
para mí ! Caro Menó ,

que despierten en tu pecho
las ideas del placer

anterior , y que tu muerto
corazon se reanime

á los ojos del primero ,
del mejor de tus amigos.

¿ Olvidas quizá los bellos
dias de nuestra amistad ?

Aquellos dias serenos

y las pacíficas horas

en que el Dios del universo ,

apareciendo en sus obras ,

penetraba hasta los senos

del alma , y la disponia

á los placidos afectos
de confianza y de amor?
Ay! en aquellos momentos
nos unimos para siempre!
te acuerdas, Cárlos?

BARON.

Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.

MAYOR.

¿Y no merezco yo ahora
tu confianza? ah! no es cierto,
que tú y yo fuimos amigos
de los que reune un necio
capricho por un instante,
y el instante venidero
los desune: siempre juntos
hemos volado al encuentro
de la muerte... Cárlos mio,
yo te juro que padezco
en recordarte las pruebas
de mi amor... pero á lo menos,
¿reconoces esta herida?

Se descubre el pecho.

BARON.

Ay hermano! ese sangriento

Le abraza.

golpe libertó mi vida;
¡pero qué don tan funesto
hiciste en ella á tu amigo!

MAYOR.

Habla, por Dios.

BARON.

No hay consuelo

para mí.

MAYOR.

Lloremos juntos.

BARON.

Ve ahí lo que yo no quiero:
ya no hay mas llanto en mis ojos.

MAYOR.

Pero depon tus secretos
en mi corazon , y el tuyo
descansará.

BARON.

No hay remedio:

este mio es un sepulcro
cerrado; ¿por qué de nuevo
abrirle á la luz?

MAYOR.

Acaso

para cobrar tu primero
ser , tu dignidad antigua ,
que has perdido. Me avergüenzo
de tí: ¿un hombre tan prudente
dexarse hollar indiscreto
por la suerte? Tú no eres
mi buen Menó , compañero,
maestro y amigo mio:
la nobleza de tu recto
corazon debió elevarte
sobrè tu destino adverso
y la injusticia del hombre.

Escucha. Que desde luego

Despues de un corto silencio.

piense de mi lo que quiera
ese mundo que aborrezco;
pero es fuerza, que al dexar
la sombra de tu primero
amigo, sepas la causa
que aniquilo sus afectos
mas placidos para siempre.

Hermano! desde el momento
en que dexamos las tropas
de Francia, huyó sin remedio
la ventura de tu amigo.

El deseo lisonjero
de ser útil á mi patria
me fixó en ella. Defectos
de legislacion, y abusos
del poder dieron al celo
de mi pluma un largo espacio;
y solo adquirí por premio
la certidumbre terrible
de que pueden ser los buenos
aborrecidos sin causa.

Herido en lo mas interno
de mi corazon, callé...

¡Tardio conocimiento!

ah! los hombres no perdonan
nunca al virtuoso necio,
que ha querido ser mas sabio
que los otros: y en efecto,
tal fué mi suerte. Yo triste,

viví solitario y lejos
de la multitud. Mi patria,
esperando que en su seno
gozára yo de mis bienes,
me dió el no pedido empleo
de Teniente Coronel,
que admití, sin el anhelo
de ser mas. Mi Coronel
murió, y en mi regimiento
habia tres oficiales
de mi grado y de mas precio
por sus meritos que yo.
Juzga tú quan satisfecho
me quedaria, si hubiera
recaido en uno de ellos
la eleccion; pero la Dama
de un Ministro sin talento
y con amor, dió aquel grado
á un mozo vano y soberbio,
que seis meses hace habia
hecho el primer juramento
en las banderas; y ayrado
pedí mi retiro. En esto
corrieron por la ciudad
mil sátiras y libelos
sobre su eleccion injusta,
que me imputaron. Yo, lejos
de humillarme á desmentirlos,
sufrí sin pavor los hierros
de una prision; pero apenas
me ví libre, dexé un pueblo
fatal á los virtuosos.

Confiado yo en mi recto
 corazon y en mi tardía
 prudencia , desprecié el riesgo
 de vivir entre los hombres ,
 y vine á Cásel. Risueño
 todo , todo venturoso
 me parecia en mi nuevo
 domicilio : mi fortuna
 y carácter me adquirieron
 varios amigos... ¡ Amigos!
 En fin , á muy poco tiempo
 hallé una esposa inocente,
 jóven , bella , y el modelo
 de la virtud y las gracias.
 ¡ Quanto la quiso mi tierno
 corazon ! ¡ y quan felice
 viví con ella en el seno
 de mi plácida familia ,
 y con el nombre halagüeño
 de padre ! Sí , amigo mio ,
 ve aquí los solos momentos
 en que conocí la dicha...
 Ay mísero ! Como ? aun vierto
 limpiando los ojos.
 lágrimas ! ya no esperaba
 derramarlas. Acabemos.
 Uno á quien llamaba amigo ,
 y á quien juzgaba sincero
 y justo , robó mi casa.
 Yo devoré el sentimiento
 de mi pérdida , y tranquilo
 conocí , que satisfecho

el corazon , no codicia
 esos goces pasageros
 del luxo : en fin desterré
 de mi familia el exceso
 inútil ; y limitando
 mi sociedad á un estrecho
 círculo , conservé en ella
 un jóven , cuyo modesto
 language , cuya conducta
 justificaban mi aprecio,
 á quien prodigué mi hacienda,
 para quien obtuve empleos
 y cargos... y este seduxo
 á mi muger en secreto ,
 y huyó con ella. Ya sabes
 mi desgracia. ¿Basta esto
 para motivar mi odio ;
 odio universal y eterno,
 ¿ó llamarás ilusion
 mi afrenta y mi vituperio?
 Ay ! el alma de Menó
 pudo soportar el peso
 de los hierros , la injusticia
 y la muerte ; mas los hierros,
 la injusticia y aun la muerte,
 ¿qué pueden ser en cotejo
 del agravio de una esposa,
 el dulce y unico objeto
 de mi amor , y por quien solo
 me fué grato el universo ?

MAYOR.

No era digna de ti, Carlos,

y llorar sin mas consuelo
por una muger infiel
es delirio.

BARON.

No me ofendo
de que llames como quieras
las afecciones que pruebo;
pero el corazon no cede
á la fria razon... Cielos!
yo la amo aun.

MAYOR.

Donde está?

BARON.

Ni lo sé, amigo, ni quiero
saberlo.

MAYOR.

Pero, y tus hijos?

BARON.

En una aldea no lejos
de mi soledad se crian,
humildes á los preceptos
de una muger buena y necia.

MAYOR.

¡Siempre Misanthropo! ¿Pero
por qué no viven contigo
como el único remedio
de hacer menos dolorosa
tu existencia?

BARON.

No, su aspecto,
copia de una ingrata madre,
me ofreceria el recuerdo

de mi fugitiva dicha :
 y en fin , amigo , no puedo
 sufrir en derredor mio
 ni los niños , ni los viejos ,
 ni los hombres ; y si el uso
 no me hubiera casi hecho
 indispensable un criado ,
 no sufriria el que tengo ,
 aunque sé que entre los malos
 quizá no es el mas perverso .

MAYOR.

Ya veo , que á la amargura
 de tu dolor los consuelos
 ordinarios serán vanos ;
 pero la amistad al menos
 te será grata . Ven , Cárlos ,
 donde te aguarda el afecto
 de mi familia .

BARON.

Quién? yo?

¿yo frecüentar el comercio
 del hombre? Horst , ya lo dixé .

MAYOR.

Es verdad ; pero yo creo
 que , á no ser un insensible ,
 no puedes hacer desprecio
 de unas almas que agradecen .

BARON.

Hermano mio , no niego
 que dices bien ; pero si
 supieras quanto padezco
 en ver á un hombre ! no , amigo ,

H

dexame con el silencio
de mi soledad.

MAYOR.

Siquiera
una sola vez te ruego.

BARON.

No, no.

Sin aspereza.

MAYOR.

Cárlos, no rehusés
esta gracia á tu sincero,
á tu buen amigo.

BARON.

Escucha.

Despues de reflexíonar.

Tú lo suplicas, y quiero
complacerte. Pero en fin,
que sea como un encuentro
casual, un solo instante.

Conducelos aqui, y luego
que lleguen al pabellon,
ven por mí, que yo te espero,
y tú me presentarás.

MAYOR.

Bien, y yo me lisongo
que nos harás compañía
en el castillo algun tiempo.

BARON.

No lo esperes, y te exíjo
la palabra, el juramento
de que no pondreis estorbo
á la fuga que proyecto
mañana.

(115)

MAYOR.

¡Qué obstinacion!

BARON.

Dame tu palabra, ó vuelvo
á retractar la que dí.

MAYOR.

Bien, Cárlos; pero...

BARON.

Te advierto,
que digas á tu familia,
que mis adornos son estos
que ves.

Señalando su vestido.

MAYOR.

No importa : mi hermano
ama solo en tí lo recto
de tu corazon. Ven , Cárlos,
abracemonos de nuevo,
y admite las expresiones
del amistad. Ah ! no creo,
que este abrazo afectuoso

Le abraza.

haya de ser el postrero.

Vase.

BARON.

Frantz.

Sale FRANTZ.

Señor.

BARON.

Mañana mismo

partimos.

FRANTZ.

Bien.

BARON.

Pero pienso,
que léjos de aquí.

FRANTZ.

Yo, vamos.

BARON.

Quizá , quizá para pueblos
de la otra parte del mar.

FRANTZ.

Adonde Vmd. quiera.

BARON.

Isleños

pacíficos y felices
del mar del Sur , ay ! yo vuelo
á morir entre vosotros.

Los piratas Europeos
dicen que robais. ¿ Que importa
que me despojeis del resto
de una propiedad inútil ?

El tesoro de mas precio,
el reposo de mi vida

me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo

muerto para el hombre , muerto
para el universo , ingrato

origen de mi tormento.
¿ Oiste , Frantz ? á la aurora

mañana sin falta...

FRANTZ.

Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

BARON.

Pero... Frantz , primero importa que vayas sin perder tiempo á casa de la persona que dice aquí. Yo te quiero autorizar con mi letra para que antes del sol puesto te vuelvas con mis dos hijos.

FRANTZ.

Vmd. hijos!

BARON.

Sí.

FRANTZ.

Qué genio! valgame Dios! y ha tres años que sirvo á Vmd. sin saberlo. ¿Luego Vmd. ha sido esposo?

BARON.

Frantz , no me atormentes necio con preguntas.

FRANTZ.

Pues me iré. *Vase.*

BARON.

Aguardame en mi aposento.

Sí, yo quiero acostumbrarme á estrecharlos en mi seno.

Estos pobres inocentes no deben quedar expuestos á una educacion viciosa.

Oh nunca sea! primero, ignorados qual su padre,

corran por el campo abierto
 con el arco y con la flecha,
 como las auras ligeros,
 y el arte de manejarlos
 sea todo su talento.

Pero alguien se acerca. **Vamos**
 á escribir primero , y luego
 á cumplir con la amistad
 por última vez.

Vase : y salen la CONDESA , el CONDE ,
 EULALIA y el MAYOR.
 CONDE.

Reniego .12

de tanto andar. Vaya , vaya,
 que las Señoras me han puesto
 en ejercicio; y fortuna
 de que soy el compañero
 de la bella y eloqüente
 Miler. Y bien , ¿ con que habemos
 reducido al Misántropo
 á venir aquí? Por cierto
 raro hombre ! pero nunca
 hará menor en mi aprecio
 su virtud la extravagancia!

MAYOR.

Voy por él ; pero te ruego
 no exâsperes su carácter
 con instancias : por lo menos
 la franqueza logrará
 que desarrugue su ceño.

Vase.

CONDE.

Bien , haré lo que tú quieras.
Vamos , muger , ve aquí el tiempo
de hacer uso de tus gracias:
tú ya estás en el empeño
de curar este selvage
meláncolico extrangero,
y ello es fuerza.

CONDESA.

¿ Quien pudiera
conquistar á nuestro sexô
un hombre , que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler ?

EULALIA.

Señora,
aun quando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le vieron.

CONDE.

Qué rareza ! pero él llegó
con mi hermano. Yo celebré
ver al hombre generoso . . .

EULALIA.

Ay !

BARON.

Dios mio !

CARLOS *hace al llegar una cortesía á las damas, EULALIA le mira, dice ay! y cae desmayada en los brazos de la CONDESA: Menó la reconoce, y al decir; Dios mio! tapándose el rostro con las manos huye despavorido hácia su habitacion. En tanto el MAYOR admirado y triste de lo que acaba de pasar, permanece en silencio hasta que el CONDE y su muger han conducido al pabellon á EULALIA.*

CONDESA.

¡Santo cielo!

¿qué es esto? querida Miler!

CONDE.

No vuelve: y el extranjero se ausentó; pero acudamos á Miler.

CONDESA.

Vamos á dentro

del pabellon, que está cerca, á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

MAYOR.

¡Esperanza lisongera,
vana imagen de mis sueños
deliciosos! yo tendía
mis brazos en pos del viento,
que disipó mis placeres
como la niebla. El secreto
se descubrió: yo adoraba
á la muger de mi tierno
amigo... Y bien, ¿qué sería

imposible á mi deseo
la reunion de dos almas
dignas del amor eterno
que se juraron? ; Acaso
un delito pasagero
(mas debilidad que culpa)
habrá por siempre deshecho
el lazo que los unia?
Ah! no, yo me linsongo
de hacer feliz nuevamente
á mi Cárlos; y si puedo
conseguir esta ventura,
no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el CONDE.

CONDE.

A Dios, Mayor.

MAYOR.

Y la Miler?

CONDE.

Miler al instante ha vuelto
de su accidente, y ya queda
mas tranquila y escribiendo;
pero quiza mi presencia
la importuna, y yo no quiero
comprimir su corazon.
Sin embargo, Mayor, pienso
que tú y mi muger sabeis
mucho mas en el suceso
actual, que yo.

MAYOR.

No envidies

en este caso, te ruego,

esa triste preferencia.

CONDE.

No, hermano, no; yo respeto
la causa de su afliccion,
y sin saber mas te dexo.

Haz siempre por detener
al virtuoso extranjero
á quien amo, y á quien Miler,
sino me engaño, hará menos
insocial y Misanthropo.

En el castillo te espero,
A Dios.

Vase por la derecha.

Salen EULALIA y la CONDESA.

MAYOR.

A Dios.

CONDESA.

Y mi esposo?

MAYOR.

En este propio momento
se aleja de aquí. Señora,

A EULALIA.

no perdamos sin provecho
estos preciosos instantes:
procuremos buscar medios
en tan repentino acaso
de que Vmd. vuelva de nuevo
con el mejor de los hombres.

EULALIA.

Pues como?... que!... caballero...

MAYOR.

Menó, Señora, es mi amigo

desde la niñez ; los riesgos
de la guerra confirmaron
nuestro cariño primero.
Pero hace ya siete años
que léjos de él , y mas léjos
de saber de su destino,
gemia en el desconsuelo
de mi corazon. En fin,
le hallé , Señora , y su pecho
derramó su acerba pena
en el mio.

EULALIA.

Oh Dios! yo pruebo
quanto abate al criminal
la presencia de los buenos.
Ah! Señora , ¿ donde , donde
me ocultaré ?

Esconde la cara entre las manos de la

CONDÉSAA.

MAYOR.

Si un eterno

dolor ; si una larga serie
de lágrimas y tormentos,
si la virtud afligida
no nos dan algún derecho
al amor y á la clemencia
de los hombres y del cielo,
quien nos le dará? Muger
desafortunada , el sueño
de tu honor fué de un instante,
y la culpa de un momento
borró el llanto de tres años.

Sí, Señora, yo penetro
 el alma de mi buen Cárlos;
 él quedará satisfecho:
 y yo corro á interceder
 por Vmd. con todo el fuego
 de la amistad que me anima.
 Venturoso yo! si puedo
 perpetuar la memoria
 de una accion de cuyo efecto
 dependerá para siempre
 mi placer y mi consuelo.

Hace que se vá.

EULALIA.

No, Señor Mayor, yo adoro
 su honor, y el injusto pueblo
 no perdonaria nunca
 su debilidad: al menos
 no le añadamos dolor
 á dolor... Ah! viva léjos
 de mí felice, y no pruebe
 por mas tiempo el vituperio
 de llamarme esposa.

MAYOR.

Y qué

Vmd desprecia mi celo?

EULALIA.

No, Señor; mas oiga V. S.
 lo que suplicarle quiero.
 Muchas veces, que oprimido
 mi corazon con el peso
 de un delito imperdonable
 juzgaba que los consuelos

huyeron de mí por siempre;
 quizá pensé, que si el cielo
 por última vez cumplia
 los votos de mi deseo,
 dexándome ver mi esposo
 para confesar mi yerro
 á sus plantas generosas,
 seria menos intenso
 mi dolor. Y por lo mismo
 haced que atienda mis ruegos:
 que me conceda el llorar
 por unos cortos momentos
 ante sus ojos, si acaso
 puede sufrir el aspecto
 de una muger criminal.
 Pero no juzgue que anhele
 su perdon, ni que yo quiera
 restablecer mi concepto
 á expensas del honor suyo.
 Ay! solo verle deseo,
 y preguntar por mis hijos.

MAYOR.

Si no perdió sus derechos
 en el corazon de Cárlos
 la humanidad, yo prometo
 que lo hará. Dexad ahora,
 porque no tenga un pretexto
 de rehusar mi visita,
 estos contornos. Yo vuelo
 en favor de Vmd., Eulalia,
 á las plantas de mi tierno
 amigo.

CONDESA.

Ay hermano ! nunca
te quise como te quiero.

La CONDESA le alarga la mano con la expresion de la amistad: EULALIA echa una mirada al MAYOR, que explica su reconocimiento; despues se arroja sobre la mano de la CONDESA, que la coge en sus brazos y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

MAYOR.

No hay en la tierra dos almas
semejantes: su primero
lazo no debe romperse,
y Cárlos puede sin riesgo
perdonarla... ; perdonarla !
¿y como eludir los zelos
del pundonor, que no siempre
es una quimera? Pero
una jóven inexperta
la víctima de un perverso
que la arrastró á los delitos,
y cuyo arrepentimiento
ha sido tan dilatado,
tan doloroso y severo...
Ah ! que el mundo no recibe
justificacion del bueno
que fué débil un instante.
¿Pero Cárlos no huye léjos
de su injusto juez ? no piensa
sepultarse en el secreto
de la obscuridad ? ; no ama

su corazon al objeto
de su llanto? Si ; pues ella
le servirá de universo.

Sale FRANTZ *con los niños* EUGENIO y

AMALIA.

EUGENIO.

Ya me canso.

AMALIA.

Y yo tambien.

EUGENIO.

Y diga Vmd. llegaremos
pronto?

FRANTZ.

Sí , pronto.

MAYOR.

Detente:

dime , que niños son estos ?

FRANTZ.

Los de mi Señor.

AMALIA.

Es este

Papá ?

MAYOR.

No desperdiciemos
la ocasion. Amigo , escucha ;
yo sé que amas á tu dueño,
y me debes ayudar.

FRANTZ.

En qué?

MAYOR.

No ha muchos momentos
que halló á su muger.

FRANTZ.

De veras ?

¡ ay , Señor , quanto me alegro !

MAYOR.

Ya conocias á Miler ?

FRANTZ.

Y es ella ?

MAYOR,

Sí ; pero creo
que huye de ella tu Señor,
y ve aquí lo que debemos
evitar.

FRANTZ.

No hay duda : ¿ y como ?

MAYOR.

Sus hijos pueden hacerlo:
lleválos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas.

FRANTZ.

Peró . . .

MAYOR.

No quieras
inutilizar mi celo
con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien.

Mas él llega. Sí : yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisongero

mirar de su bella madre.

Sale el BARON.

Y bien , Cárlos , ya te veo
menos infelice.

BARON.

Como?

MAYOR.

Hallándola.

BARON.

¡Quanto es necio

el que quiere consolarme,
demostrandome á lo léjos
el tesoro que perdí?

MAYOR.

No es necedad , si de nuevo
puedes volver á gozarle.

BARON.

Te entiendo , Mayor : á efecto
de conseguir mi perdon
te envia ; pero te advierto,
que es en vano.

MAYOR.

Que tu esposa

me envia , no te lo niego ;
mas no para reuniros.

Ella te ama , su consuelo ,
su ventura la aborrece
sin tí. Pero yo te ruego
que aprendas á conócerla ,
y creas que adora menos
á Cárlos , que á su opinion.

(130)

BARON.

Pues á que vienes?

MAYOR.

Primero

en mi nombre como amigo,
como hermano y compañero
de armas á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario: no, nunca,
nunca, (yo lo juro al cielo)
verás su igual.

BARON.

Es verdad.

MAYOR.

No me niegues, que tu pecho
la tiene amor.

BARON.

Ay amigo!

Le coge la mano.

MAYOR.

Pues bien, el remordimiento

Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí, Carlos, vuelve de nuevo
á ser feliz.

BARON.

Ser feliz!

ser yo feliz! ¿como puedo
ser feliz, si ya los hombres
han roto el lazo, que un tiempo
fué mi placer, y le han roto
para siempre! ah! yo no debo

violar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.

MAYOR.

¿Y qué te importan los hombres?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mundo que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga.

BARON.

No hay remedio.

¡Con que todos se conjuran
con mi corazón, á efecto
de trastornar mi razón!
¿di, qué quieres de mí?

MAYOR.

Quiero

que la veas: ¿negarias
á tu esposa este consuelo!

BARON.

Venga, pues; pero no juzgue
envilecerme: la veo
para no verla jamas.

MAYOR.

Espérame aquí un momento.

Vase.

BARON.

Y bien, Cárlos, ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,

sí , tú verás al objeto
 de tu amor , verás la madre
 de tus hijos ! ah ! ¿ y no vuelo
 á estrechar mi corazón
 con su enamorado pecho ? ...
 Abrazarla yo ! ¿ no es ella
 la que derramó tormentos
 en la copa de mis días ?
 ¿ no es ella por quien padezco ,
 y por quien maldigo al hombre ?
 Pobre Cárlos ! no hay remedio ;
 tu suerte está decretada .
 Sin embargo no pretendo
 tratarla con crueldad :
 ella verá , que respeto
 su llanto , que la perdono ,
 y en fin que la compadezco .
 ¿ Pero quien ... ¡ ay , que es Eulalia !
 Pundonor , orgullo , zelos ,
 ve aquí la muger que me hizo
 infeliz sin merecerlo .

*Salen EULALIA , la CONDESA , y el MAYOR ,
 y EULALIA toda trémula y confundida dice
 á la CONDESA .*

EULALIA .

Ah generosa muger !
 dexadme : si tuve esfuerzo
 para la culpa , tampoco
 me le ha de negar el cielo
 para explicar mi dolor .

La CONDESA y el MAYOR entran en el pabellon.

Ay, con quanto rubor llego!
Señor.

Se acerca á Cárlos que, sin volver la cara, aguarda conmovido que ella empiece á hablar.

BARON.

Qué quieres, Eulalia?

Con dulzura, pero sin volver la cabeza.

EULALIA.

No, no por Dios! huya léjos de mi oido la dulzura que me despedaza el pecho, hombre piadoso: resuenen solo en él los duros ecos de la indignacion.

BARON.

Y bien?

Con severidad.

EULALIA.

Ah! si el hombre á quien ofendo se dignase darme quejas, quanto aliviaria el peso de mi corazon!

BARON.

Yo quejas!

mis muértos ojos, el negro velo que los cubre, el llanto que derramaron un tiempo se podrán quejar por mí; pero no yo.

EULALIA.

Ese silencio

generoso me aniquila,
 multiplica los tormentos
 de mi penar. ¡Oh Dios mio!
 á quien agravié!

BARON.

Al primero

y al mejor de tus amigos.
 Pero ya ves que debemos
 separarnos para siempre.

EULALIA.

Ah Señor! sí, ya lo veo:
 tampoco imploro mi gracia,
 ni vengo con el intento
 de conseguir el perdon,
 el perdon que no merezco.
 Solo pido, que algun dia
 no maldigais al objeto
 de vuestro primer amor.

BARON.

No, Eulalia, no; yo no puedo
 maldecir á quien me hizo
 venturoso en mas serenos
 dias. No, jamas, jamas,
 triste muger.

EULALIA.

Conociendo
 la iniquidad de mi ofensa,
 para que volvais de nuevo
 á ser mas feliz esposo,
 ve aquí, Señor, os entrego

le presenta un papel.

este papel de divorcio,
en el qual , Señor , confieso
mi delito.

BARON.

Oh , nunca sea!

lo toma y lo rompe.

Tú sola tuviste imperio
en mi corazon , Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexible
me prohíbe aun el deseo
de unirme á tí ; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.

EULALIA.

Solo pido

Despues de algun silencio.

al despedirme...

BARON.

Primero

escucha. Yo he conocido
quanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al menos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
ajena : toma este pliego ;

Le ofrece uno que saca de su cartera.

que te asegura una renta
moderada.

EULALIA.

No le acepto.

El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de sustento.

BARON.

Tómale , Eulalia.

EULALIA.

Señor ,

bien lo sé que yo merezco
mas humillacion , mas pena ;
pero no añadais , os ruego ,
á mi rubor esta afrenta.

BARON.

Cruel hombre , hombre perverso ,
¡ ah que muger me has robado !
Enfin , Eulalia , respeto
tu virtud. Pero si acaso

Con amor.

probases en algun tiempo
la indigencia , te suplico
que recurras al momento
á mí.

EULALIA.

Bien está.

BARON.

Con todo ,

Le da una caxita con joyas.

estas joyas que te ofrezco
tomalas , pues que son tuyas.

EULALIA.

No , Señor , estos objetos me acuerdan aquellos dias en que , digna del afecto de mi esposo y de mi padre , bendecia el universo mi ventura. Solo admito

Saca de ella un relox.

este relox , que mi Eugenio llevaba , y al qual rodean de mi Amalia los cabellos.

Ah! yo le conservaré , yo le arrimaré á mi tierno corazon arrepentido , y le besaré muriendo.

BARON.

Dios mio! no puedo mas.

A Dios , Eulalia...

Hace que se va.

EULALIA.

Primero

Le detiene.

tranquilizad á una madre. Viven mis hijos? han muerto?

BARON.

Viven.

EULALIA.

Hombre virtuoso ,

no desatendais mi ruego:

permitid que yo los vea ,

y los estreche á mi seno

por última vez... Dios mio!

Si supierais que tormento
me arrancaba las entrañas
mientras he vivido léjos
de mi Cárlos y mis hijos,
al ver á los pequeñuelos
inocentes de su edad
en sus pacíficos juegos!

Ah! permitidme , Señor,
que yo los vea ; y me alejo
dellos y de vos por siempre.

BARON.

Eulalia , yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro , y apenas lleguen
mi' criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuelvelos luego..
á su desdichado padre.

EULALIA.

En fin , ¿que ya no debemos
vernos en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno;
olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.

Repentinamente le coge la mano , se arrodilla y la besa.

Ah! dexadme,
Señor , que bese primero
esta mano que fué mia.

*La CONDESA tiene al niño en los brazos, el
MAYOR á la niña, y salen poco á poco
del pabellon, de modo que no llegan á CAR-
LOS y EULALIA hasta el último á Dios.*

BARON. *¡Ay!*
Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin el á Dios postrero.

EULALIA.

Para siempre!

BARON.

Para siempre!

EULALIA.

¿Puedo llevar el consuelo
de que no me aborreceis?

BARON.

No, Eulalia, no te aborrezco.

EULALIA.

En fin, quando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá
con el Dios del universo.

BARON.

Ante sus ojos no reyna
la preocupacion del necio,
y allí gozaremos juntos
la eternidad de los tiempos.

*Sus manos se enlazan, y mirandose con la
mayor ternura, se dicen con voz trémula.*

LOS DOS.

A Dios.

Ellos se separan ; pero al volver el rostro encuentra EULALIA á la CONDESA cerca de ella que levanta al niño , y le pone á los ojos de la madre ; EULALIA le toma en sus brazos y estrecha con su corazon. Lo mismo hacen á la otra parte el BARON y el MAYOR.

EULALIA.

Ay!

BARON.

Eulalia mia!

abrazá á tu esposo...

EULALIA.

Oh cielo!

Los dos se arrojan en los brazos uno de otros, y al mismo tiempo los niños , que el MAYOR y la CONDESA tienen en sus brazos, se abrazan al cuello de sus padres, y cae el telon.

FIN.





